

I. LA COHESIÓN SOCIAL Y LOS BIENES RELACIONALES

Es necesario abrir algunas pistas de acción para pasar de un mundo caracterizado por el aumento de la exclusión social a una sociedad capaz de encontrar de nuevo el camino de la cohesión social

Introducción

El Consejo Económico y Social Europeo preparó un dictamen sobre “la cohesión social en América Latina y el Caribe” con el objetivo de trazar los ejes de la cooperación que la Unión Europea ofrece a Latinoamérica. El dictamen, si bien no descubre el hilo negro al subrayar que la pobreza y la desigualdad son las dos características más relevantes a vencer en AL, sí puede ser útil en tanto destaca que **no bastan —como debería ya estar asumido de forma amplia— las buenas cifras macroeconómicas para comenzar a revertir el subdesarrollo y que, en gran medida, la solución de los problemas socioeconómicos es de orden político, adoptando estrategias que vayan a contracorriente de los postulados ortodoxos para la conducción de la economía que aún se siguen, como si fueran la estrella polar, por una buena parte de los países latinoamericanos.**

Una de las conclusiones que recoge el informe del Consejo Económico y Social Europeo, y que ya se ha destacado en otros análisis, es que no basta reducir la pobreza para comenzar a revertir la desigualdad: la mala distribución de la riqueza en la región ha empeorado (el 10% más rico se apropia del 48% del ingreso, mientras que el 10% más pobre de la población accede al 1.6% de la renta total). A partir de ese hallazgo puede afirmarse que la expansión de la desigualdad hace a los débiles más frágiles ante los grupos de poder y relega lo que Guillermo O’Donnell ha denominado la consecución de una “ciudadanía plena” o “integral”: entre más polarizadas son las sociedades menos equitativa es la distribución de oportunidades y se fracturan todavía más la igualdad efectiva ante la ley, la seguridad y, por lo tanto, se debilita la ciudadanía civil, política y social. Por supuesto, ello afecta no sólo la calidad de las economías latinoamericanas, incapaces de generar y distribuir la riqueza entre sus habitantes, sino a los sistemas políticos y a la gobernabilidad: las carencias sociales dan lugar a que los avances que ha conseguido la región en materia política sean considerados, a lo más, como “democracias irrelevantes”. Es decir, la ciudadanía de baja intensidad se da en un marco de “Estados ausentes” por lo que la tarea de América Latina sigue siendo, en lo fundamental, la construcción de Estados sólidos y no, como se ha pretendido en las últimas décadas, la creación de mercados: hay que reconocer, de nuevo, lo que los clásicos sabían en el sentido de que sin Estado que ofrezca garantías y seguridades, los mercados no alcanzan un funcionamiento pleno.

De manera natural, el dictamen del Consejo Económico y Social Europeo tiene en cuenta la experiencia de la integración económica y el objetivo de reforzar la cohesión social en el viejo continente para contrastar la situación de América Latina en materia de bienestar y equidad social. Al respecto se apunta que el modelo social europeo (que implica alto gasto social, papel regulador del Estado, importante rol de los agentes sociales en la toma de decisiones) tiene como condición la definición de reglas para la redistribución de la riqueza: normas laborales y sociales, sistemas de

protección ante la vejez, la enfermedad, el desempleo, la protección de la familia, negociación colectiva, así como la existencia de sistema impositivo progresivo. Estas condiciones no surgen, ni pueden surgir, sólo de una definición prescriptiva, sino que nacieron como producto de acuerdos amplios en donde los distintos sectores sociales, en particular los sindicatos, jugaron un papel relevante. De ahí que sea significativo el hecho de que el dictamen señale la necesidad de la creación de marcos democráticos de relaciones laborales en vez de ocuparse de poner énfasis en la flexibilización de los mercados de trabajo.

Quizá esta última observación nos debería llevar a considerar que sin el fortalecimiento de las organizaciones sociales, más allá de los partidos políticos, que representen de manera legítima los intereses de los distintos núcleos sociales, será difícil crear una auténtica agenda de desarrollo y cohesión social.

La cohesión social en México ha estado siempre bajo acoso. En el curso de su historia, a pesar de una rica y vasta experiencia en creación e innovación institucional, el país ha encarado múltiples episodios convulsos que han puesto en peligro las formas de convivencia social acuñadas y han llevado, en ocasiones, a una reversión en materia de organización política, con el propósito, o el pretexto, de recuperar la cohesión social y nacional perdidas. En la actualidad, como un resultado mayor del agotamiento de la forma de desarrollo puesta en acto en los años treinta y cuarenta del siglo pasado, es posible detectar **nuevas y poderosas tendencias a la dislocación productiva y regional**, lo que inevitablemente pone en jaque los mecanismos de articulación sectorial y comunitaria que el Estado post revolucionario propició o implantó a lo largo de décadas.

Las crisis económicas que han marcado el final de la forma de desarrollo anterior, han tenido lugar en un contexto de rápida modernización de estructuras e instituciones, lo que por lo pronto ha acentuado aquellas inclinaciones a la dislocación económica y social. Los costos humanos de estas crisis, el cambio en la estructura de la población heredada de la explosión demográfica de los años setenta, los rezagos sociales acumulados, y las fuerzas centrífugas asociadas a la globalización, han convertido a la sociedad mexicana en una sociedad tan plural, tan desigual, tan heterogénea y sumamente compleja que ha experimentado un proceso creciente de segmentación social en donde sus componentes no se comunican, no comparten proyectos y muchos se sienten excluidos.

Sin embargo, estos factores que llevan a la pérdida de cohesión social han impulsado también una conciencia colectiva sobre la necesidad de revertirla. Dentro del Estado y en los más diversos estadios de la sociedad civil, en la academia y hasta en el mundo de los negocios y de los organismos financieros internacionales, se advierte sobre la peligrosidad de esas tendencias, mientras que los grupos más vulnerables y vulnerados por el cambio y las crisis, buscan refugios y formas de existencia que les permitan no sólo sobrevivir sino crear condiciones para aprovechar productivamente el cambio. Estos grupos, en efecto, demandan hoy no sólo el cumplimiento de los derechos sociales a la salud, la educación, la alimentación y la vivienda, como lo consigna la Constitución, sino nuevos y diversos bienes y servicios sociales vinculados a valores universales como la equidad, la igualdad de oportunidades, la tolerancia, y el reconocimiento. Estas demandas, como se comprenderá fácilmente, hacen más compleja la exigencia tradicional de justicia social, pero nos acercan a una

comprensión más actual y realista de lo que la cohesión social puede ser y significar en el futuro.

Los reclamos de una sociedad más crítica y autónoma, llevan a una redefinición de funciones de los distintos actores sociales, y le plantean al Estado nuevas exigencias de calidad en sus acciones y, sobre todo, su oportuna intervención para el cumplimiento de su responsabilidad social. En esta perspectiva, que reintroduce el tema de lo que el Estado debe hacer y en dónde debe intervenir, la definición y redefinición de lo público y lo privado adquiere, de nuevo, una importancia histórica central.

La distinción entre ambos es fundamental siempre, pero en el presente se ha vuelto estratégico. Precisar los ámbitos que son propios del quehacer privado, así como lo que concierne a los intereses generales que requieren la intervención gubernamental, junto con el grado de dependencia e interdependencia entre ambas partes, es indispensable para definir nuevas formas y normas de autonomía y subordinación de la sociedad frente al Estado, en una época en la que la cooperación más amplia entre los actores es un requisito esencial para el desarrollo y el bienestar de las naciones.

En México se dio una relación de estricta y abierta subordinación de la sociedad respecto al Estado, que se justificó y legitimó por los objetivos generales de cohesión nacional y social, que no se habían podido alcanzar durante las primeras décadas de la vida independiente, y habían sido puestos al margen por la revolución y la guerra civil de las primeras décadas del Siglo XX. No se trató de una simple imposición basada en la fuerza, sino de un conjunto de mecanismos de negociación e inclusión social que le dieron un carácter consensual a una forma de gobierno que era a todas luces autoritaria y luego se volvió excluyente.

Este acuerdo histórico entre el gobierno y los sectores populares, en el que se intercambiaba bienestar social por apoyo político, se resquebrajó en los últimos lustros. Hoy, al calor de la nueva situación, lo que se busca sobre todo son nuevos equilibrios sustentados en una mayor horizontalidad de los convenios, políticos y sociales. Es en estos equilibrios renovados, dónde habría de descansar la cohesión social que se quiere recuperar, pero más que nada afianzar y renovar. Así, desde la perspectiva de nuestro tema, el reto para el país en los próximos años radica en la capacidad que se tenga para encontrar y fincar nuevas formas de interlocución, organización y representación entre el mercado, el Estado y los actores sociales tradicionales y emergentes.

Es indispensable tener claros los alcances de la segmentación social a que ha llevado el intento de implantar como realidad única o dominante, el libre mercado, así como ser conscientes de la necesidad de desarrollar nuevos y más ágiles sistemas de protección y promoción de oportunidades colectivas e individuales, como requisito *sine qua non* para lograr una efectiva integración social. En este empeño, la política social deberá orientarse precisamente en un sentido integrador, mediante estrategias y proyectos, así como leyes y demás instituciones, que consideren especial y urgentemente a los grupos sociales y regiones más rezagadas, que hoy conforman un enorme contingente donde privan la penuria absoluta y el desaliento comunitario.

En la búsqueda de una sociedad cohesionada a la vez que dinámica, la superación de la pobreza se ha vuelto un reto ético y político, y una asignatura que el país debe

cursar de manera extraordinaria e inmediata. **Lo que está ya en juego, no es sólo la eliminación de una lacra vergonzosa, sino el romper los pesados canales de reproducción de la pobreza y su transmisión entre las generaciones.** Un futuro de pobreza, como lo anuncia el presente, es incompatible con la imagen de un México estable y progresista que unifica hoy a las más diversas inspiraciones políticas que la democracia ha hecho surgir. Nada tiene que ver ese futuro indeseable, con la cohesión social mínima que cualquier nación de la actualidad requiere para navegar con éxito en los mares convulsos de la globalización.

Sin perder de vista el carácter integral que debe tener la construcción de una nueva cohesión social-nacional, ni las agudas dimensiones demográficas, étnicas y de género que tienen la desigualdad y la pobreza "modernas", parece claro que **en las actuales condiciones del país, toda estrategia de desarrollo social debe tener dos pilares fundamentales: educación y empleo.** Lograr que ambos se den de modo combinado y estrechamente vinculados, es la gran cuestión que enfrentarán quienes diseñen las políticas y asignen recursos.

La educación permite incidir directamente en la integración social. Sin embargo los efectos potenciales de la educación se despliegan en el largo plazo, y lo que es más importante, no se concretarán si no hay una dinámica generación de empleos de calidad. La generación sostenida de empleos que cuenten con una adecuada protección social, tendrá que convertirse en un foco fundamental de preocupación de la cuestión social.

La ciudadanía implica un compromiso recíproco entre el poder público y las personas, pero sobre todo de las personas entre sí. La participación social como una forma de integración social y legitimación política no puede dejar de lado, so pretexto de la urgencia o la emergencia, el fortalecimiento de una ciudadanía que se entienda y actúe como una participación articulada y efectiva de los individuos y los actores sociales en los asuntos públicos. Esta doble vertiente de la participación colectiva, es esencial para enfrentar el deterioro de la cohesión social.

La pérdida del sentido de pertenencia de las personas a la sociedad, de identidad con propósitos colectivos y de reconocimiento de la solidaridad como un valor indispensable, destaca la importancia crucial de fomentar lazos de comunicación y cooperación desde el Estado, pero también desde una sociedad civil en gran estado de flujo. Así el proceso de intervención pública se debe caracterizar por el diálogo abierto con todos y entre todos, el intercambio organizado, el respeto a la diferencia. Es la conjunción de estos requisitos, más que el descubrimiento instantáneo o la adopción acrítica de fórmulas o recetas, lo que permitirá acercarse a formas organizativas renovadas por parte de la población, que permitan, a la vez, dar respuestas eficaces a las múltiples necesidades que la diversidad galopante de estos años ha impuesto.

PRIMERA PARTE

EXCLUSIÓN Y POBREZA

Exclusión, palabra clave. Al contrario de lo que sucedía durante la revolución industrial del último siglo, los ricos precisan cada vez menos de la fuerza de trabajo de los pobres y la exclusión parece haber reemplazado a la explotación como causa primera de pobreza. La revolución tecnológica de los últimos decenios, que ha convertido el saber en materia prima esencial de las nuevas ramas industriales y liberado parcialmente la industria de su dependencia de los productos de base, ha acarreado un doble movimiento de polarización social y de marginación de la población desfavorecida. En el plano mundial, los países menos adelantados ocupan un lugar cada vez más anecdótico en la producción de riqueza y en los circuitos internacionales de intercambio, y su marginalización en una economía mundializada acelera el proceso de pauperización de sus pueblos. En efecto, en la actualidad la mundialización beneficia a los países preparados a afrontarla y acentúa la marginalización de los demás. A nivel de país, a los solicitantes de trabajo no calificados se les rechaza a la periferia del mundo laboral y esa exclusión constituye la causa principal de la pérdida de su condición social y de sus recursos. El elevado índice de desempleo y subempleo en todas las regiones del mundo muestra la magnitud de la exclusión social en el mundo de hoy.

Con todo, los fenómenos de explotación y exclusión no son totalmente independientes uno de otro, la generalización de la exclusión hace que se intensifique la explotación en todas partes, habida cuenta de la enorme presión que ejercen en el mercado de trabajo los solicitantes de empleo.

Formalmente al menos, la lucha contra una exclusión que gana terreno cada día se ha convertido en prioridad oficial de los Estados. Prueba de ello es la Cumbre de Copenhague, que versa principalmente sobre este tema. Sin embargo, la realidad que abarca este término, cada vez más utilizado para sustituir a veces el de pobreza, sigue estando un poco difuminada.

Ahora bien, ¿qué es la exclusión, a quién se excluye y de qué? ¿En qué se diferencia esta noción de la de pobreza? ¿Entraña la exclusión un problema de distribución de la riqueza o una falta de relación? Estos son otros tantos interrogantes a los que sería preciso responder antes de abordar la manera de remediar este mal, actualmente planetario.

Hay que constatar, ante todo, que la exclusión social -noción explorada por la sociología, mientras que la pobreza forma parte del terreno de los economistas- es un concepto que nació en Europa a raíz del aumento vertiginoso del número de pobres que en la Europa de los Doce pasó de 38 millones en 1975 a 53 en 1992. Aunque el concepto se ha internacionalizado, abarca realidades muy diferentes.

Algunos autores determinan tres dimensiones principales de la exclusión. **La dimensión económica** es directamente productora de pobreza: los excluidos son, en primer término, los desempleados, rechazados del mercado de trabajo, que se

encuentran por lo general privados de recursos regulares. Fuera de la esfera de los asalariados, los excluidos económicos son las personas o los grupos privados de acceso a activos como la tierra o el crédito. La exclusión es, asimismo, **social**: el desempleo no priva únicamente de ingresos, sino que además despoja al desempleado de su condición social y le niega toda existencia en la sociedad, lo que en la mayoría de los casos está directamente unido al ejercicio de un empleo. El individuo puede perder el sentimiento de su dignidad humana. La exclusión es también la pérdida del vínculo social que conlleva el rompimiento del entramado social, o bien, lo que ocurre cada vez con mayor frecuencia, la reconstrucción de una solidaridad en torno a redes integristas o mafiosas. Algunos investigadores destacan que la pérdida de las relaciones sociales aparece en las sociedades africanas como una calamidad, peor aún que la disminución o pérdida de los ingresos. Por último, la exclusión es de índole **política** cuando algunas categorías de población: mujeres, minorías étnicas o religiosas, emigrantes, etc., se ven privadas total o parcialmente de sus derechos humanos y políticos.

Según las distintas formaciones sociales, estas tres dimensiones presentan diversas modalidades. Poblaciones, grupos y personas se ven rechazados de la esfera productiva porque al haberseles privado de educación y salud se les excluye del medio que daba acceso a ese circuito. Sectores enteros de población se ven excluidos del goce de una ciudadanía efectiva y, por ende, de la participación en los círculos en que se toman las decisiones.

Por su parte, Trevor Hancock atribuye a la exclusión una cuarta dimensión: la **temporal**. Al comprometer la supervivencia de las generaciones futuras, el modo de desarrollo no sostenible los excluye del beneficio de un desarrollo posible. Así, a su juicio, la lógica económica dominante prepara las exclusiones del mañana, por ser hoy productora de exclusión.

Por lo tanto, ¿es el término mismo pertinente en las formaciones sociales en las que la mayoría de la población está constituida por quienes en el Norte se denominan excluidos? ¿Cómo abordar la cuestión de la exclusión cuando es una minoría la que dicta la norma social? En ese caso, ¿se puede hablar sensatamente de la mayoría de la población como de una categoría excluida? ¿No hay más bien que plantear la cuestión de la inclusión de las minorías que viven según el modo occidental dentro de su sociedad? **Suponiendo que el término sea pertinente en todas partes, la exclusión remite más a la integración y a la inserción**, que no a la pobreza en sentido estricto. Aunque con frecuencia exclusión y pobreza coincidan, los términos no son sinónimos y el segundo exige también una clarificación.

La **pobreza** es una noción compleja. Desde luego, es la consecuencia de una insuficiencia de recursos que impide a las personas satisfacer sus necesidades esenciales y las priva del acceso a ciertos servicios como salud o educación. Por lo tanto, está íntimamente unida a la situación del mercado de trabajo. No obstante, hay que distinguir entre dos tipos de pobreza unida al trabajo: la que se debe a una explotación dentro del mercado de trabajo, la clase de empleo ocupado y los ingresos que genera, y la que está unida a la exclusión de ese mercado, es decir, al desempleo declarado o no.

La pobreza es factor de exclusión, pero no la supone necesariamente, como lo subraya el Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en

Cooperación (ORSTOM), recordando que en muchos países del Sur «los pobres siguen estando en los círculos familiares y extrafamiliares de protección social y asistencia mutua» y que «esa inserción produce integración y no exclusión». Por lo demás, la ruptura de la solidaridad comunitaria y familiar es en muchos países una de las causas importantes para pasar por debajo de lo que se suele denominar umbral de pobreza. Tal es el caso en Estados Unidos, numerosos países de América Latina y el Magreb, donde las familias monoparentales, cuya cabeza es una mujer, forman parte de las más pobres. La pobreza es además consecuencia de una serie de exclusiones de tipo político o social. Las diferentes modalidades de discriminación, unidas a la pertenencia a un sexo o una minoría, aumentan los riesgos de pobreza del grupo marginado.

Por último, la pobreza hace referencia a una serie de nociones que son también de índole subjetiva, como la necesidad, la desigualdad o la privación, y que no pueden evaluarse únicamente en términos materiales. Así, la percepción social de la pobreza no es la misma en una sociedad pobre que en una sociedad rica. Entonces, ¿es posible delimitarla por la definición de un ingreso mínimo sin el cual una persona formaría parte de la población pobre?

Si el análisis de la pobreza y las políticas destinadas a erradicarla se pueden fundar en algunas evidencias como los estrechos vínculos que mantiene con el nivel de ingresos, el mercado o la índole del trabajo, también aparece de manera patente que no todas las diferentes categorías de pobres tienen necesidad del mismo trato para salir de su condición.

INSERCIÓN SOCIAL

Ante el actual panorama social, caracterizado por la persistencia de la pobreza, la desigualdad y la exclusión social, la política social universal e integral, la educación, el empleo y la participación ciudadana constituyen los principales mecanismos para impulsar la inserción social.

1.- LA POLÍTICA SOCIAL

La política social hace referencia a un objetivo más amplio de lo que se piensa: la construcción de sociedades más cohesionadas y equitativas. En una perspectiva de mayor equidad e integración social, la política social tiene como fin principal facilitar la convergencia entre los intereses individuales y los intereses comunes de la sociedad.

Buena parte de los trabajos que se dedican al estudio de lo que se conoce como "política social", coinciden en la particularidad del hecho de su naturaleza "compuesta"; es decir, que en él se llevan a cabo procesos que tienen que ver con distintas relaciones sociales; entendidas como las formas o modalidades con que los individuos se comunican, llegan a acuerdos, se asocian, en las múltiples (por la naturaleza de sus objetivos) actividades del acontecer social. La importancia adquirida por el estudio de la política social, en medio de la ruptura de un modelo de organización social que había venido dominando el mundo de las naciones, viene señalada principalmente por manifestaciones contradictorias en esas sociedades, constituidas por problemas que atañen a la condición y dignidad humanas, y que

parece de la mayor importancia conocer y explicar a efecto de poder contribuir con su solución.

La concepción y los objetivos de la protección social no son fijos en el tiempo, varían en términos de los requerimientos educativos, de salud, empleo, vivienda y demás servicios, dependiendo del ciclo económico, de los niveles de protección ya alcanzados, y del perfil demográfico.

Como función primordial, debe buscar materializar los derechos sociales contemplados en la Constitución, en particular en el caso de la educación, la salud, la vivienda, y la seguridad social. Debe mantenerse su objetivo histórico, sin soslayar los retos que le plantea el actual vuelco mundial. Además, **un aumento con solidez en la calidad de vida de todos, y un fortalecimiento en la formación de recursos humanos para el desarrollo y la cohesión social, debería ser un propósito explícito que reforzara los mandatos constitucionales.**

El carácter universal de las políticas sociales, genera cohesión social y le da vigencia y materialidad al concepto de ciudadanía. Garantizar a todos los ciudadanos, en virtud de tal condición, determinadas protecciones y beneficios aparece cada día con más claridad, como una condición fundamental para que sus perceptores participen plenamente en la sociedad en que viven.

Sin embargo, la escasez de recursos públicos, sobre todo en las economías en desarrollo acosadas por la penuria, la focalización se ha ido adoptando como una forma eficaz para asegurar que los servicios sociales lleguen a la población que menos tiene y se logre mayor equidad y eficiencia en el uso de los recursos. Esto, en principio, no se opone al carácter universal que se considera indispensable para un desarrollo con cohesión.

Asimismo es necesaria una buena integración de instrumentos, junto con una relación explícita y coherente con la política económica general, para lograr una eficaz política social. Se trata de vínculos movibles, que cambian en función del ciclo económico pero también del político, sobre todo en condiciones de democracia y alternancia.

El ritmo y la calidad del desarrollo económico, condicionan las posibilidades e impacto de la política social, mientras la inversión en capital humano e infraestructura social, así como un ambiente de equidad, crean condiciones favorables para el desarrollo económico y la estabilidad política y social.

La segunda dimensión de integralidad de la política social nos remite a las posibilidades virtuosas que encierra la conjunción de los diferentes beneficios sociales, como la educación, la atención en salud, la protección social, la nutrición, la vivienda y otros servicios básicos. En un contexto de recursos escasos y necesidades en expansión, la determinación obligada de prioridades debe aspirar a producir círculos de interacción positiva entre satisfactores y carencias, sin hacer a un lado la intensidad y la severidad del fenómeno de pobreza o empobrecimiento.

La prioridad fundamental para México, en términos de derechos humanos y de seguridad nacional, se encuentra en la superación de la pobreza extrema. Empero, en este marco también la educación y el empleo ocupan el centro de la cohesión social, y es esta consideración la que impide establecer fronteras fijas y duras entre una y otra circunstancia social de pobreza. Las divisiones entre un tipo y otro de pobreza se

han probado porosas y móviles, y es probable que con un crecimiento más rápido, incluso tiendan a acentuar estas características.

2.- EDUCACIÓN

La educación ha sido planteada como el elemento más poderoso para fomentar una mayor integración sociocultural, a la par que se acelera la modernización de las estructuras productivas.

Podemos señalar cinco elementos que confluyen en hacer de la educación un decisivo cohesionador social. El primero, lo constituye el efecto que tiene sobre la salud de la población: entre mayores sean los niveles educativos, los habitantes tendrán un mejor conocimiento sobre las medidas de carácter preventivo en términos de salud e higiene. Esto por sí mismo, incrementa el bienestar de la población. Además, hay un efecto retroalimentador sobre la educación, ya que seres humanos básicamente sanos tienen una mayor capacidad para acumular y ejercer sus habilidades y conocimientos, que se reflejan en una mayor productividad presente y futura en el mercado laboral y por supuesto en un mayor ingreso.

El segundo, es su impacto sobre las tasas de fecundidad, natalidad, mortalidad y en conjunto, sobre la tasa de crecimiento de la población. Cuando los habitantes de un país, principalmente las mujeres, incrementan su educación y el valor de sus conocimientos y habilidades en el mercado, el costo de oportunidad del tiempo aumenta, lo que lleva al descenso de la fecundidad y natalidad. Combinado con mejores estándares de salud, esto implica menores tasas de crecimiento poblacional. Y entre menor sea el número de miembros en la familia, para cada nivel de ingreso, la calidad de vida promedio tenderá a ser mayor y los lazos familiares, también, a ser más sólidos.

En tercer lugar, el nivel promedio de la educación que se alcance, será en el mediano y largo plazo el principal condicionante de la distribución personal del ingreso. Además, mayores niveles de educación tienden a reflejarse en una mayor igualdad de oportunidades en el mercado laboral, lo que sienta las bases de una distribución personal del ingreso más equitativa.

Asimismo, una mayor educación permite una mayor movilidad socio-ocupacional.

Y por último, la educación contribuye a la creación de armas de defensa frente a la inestabilidad y la inseguridad económicas. Aunque se trate todavía de una regla general intuitiva, puede decirse que a mayor nivel educativo, menor es la probabilidad de ser pobre o caer en la pobreza.

La persistente desigualdad en el acceso a la educación, asociada al estrato social de origen, hace que en gran medida las oportunidades queden determinadas por el patrón de desigualdades prevalecientes en la generación anterior. "Las personas que provienen de hogares con escasos recursos suelen cursar ocho o menos años de estudios y en general no superan la condición de obrero u operario, percibiendo un ingreso mensual promedio cercano a 2.5 líneas de pobreza, lo que es insuficiente para asegurar el bienestar familiar...y quienes crecen en hogares con más recursos por lo general cursan 12 ó más años de estudios, lo que les permite desempeñarse como

profesionales técnicos o en cargos directivos, obteniendo un ingreso promedio mensual superior a 4 líneas de pobreza".

Por lo anterior, se ha recomendado

a) Una continuidad educativa. Según estudios de la Cepal, se requieren 11 ó 12 años de educación, es decir educación primaria y secundaria completa, para tener una probabilidad alta de no caer en la pobreza. Actualmente, en México se garantiza constitucionalmente el derecho a estos niveles educativos como obligatorios, gratuitos y laicos.

Sin embargo los logros educativos revelan la desfavorable situación de las zonas rurales. La población rural sigue siendo la menos educada y capacitada, lo que refuerza el círculo vicioso de la pobreza rural. Y en las poblaciones dispersas, la deserción escolar está ligada al hecho de que los niños suelen trabajar al menos estacionalmente en beneficio de la economía familiar, por lo que su permanencia en la escuela implica un costo de oportunidad para los hogares pobres.

b) Ampliar los horarios de clase, a fin de compensar las limitaciones que el ambiente familiar impone a la capacidad de aprender. En una situación de pérdida sostenida de cohesión social, este es un rubro de acción pública de la mayor importancia.

c) Admitir que la desnutrición es una de las causas importantes que impide la adquisición de los activos y las capacidades educativas. Por ello, la provisión de complementos alimenticios no debe verse como una medida marginal.

d) Becas que compensen el costo de oportunidad que significa desistir de una inserción laboral temprana.

e) La incorporación de los padres de familia y la comunidad a los procesos educativos y su evaluación permanente, con el fin de evitar la informalidad en la asistencia y la deserción escolar. A medida que la familia participe en la escuela, más se incrementa el capital educativo en el hogar, factor esencial que repercute en el rendimiento de los educandos.

3.- EMPLEO y trabajo: el fin de la seguridad

El trabajo remunerado se ha convertido en un género raro en todo el mundo. En la actualidad se calcula en 40% el índice medio de desempleo en nuestros países (acompañado de formas más o menos graves de subempleo).

En verdad, el rápido crecimiento demográfico no es ajeno al aumento de la oferta de mano de obra. Sin embargo, la agravación del desempleo en todo el mundo muestra que el fenómeno está más unido a la aparición de nuevas tecnologías que exigen cada vez menos mano de obra, que no al aumento de la población. En lo que algunos denominan «segunda revolución industrial» se ganó tanto en productividad que se creó un desfase entre trabajo y producción.

La exclusión del mercado de trabajo organizado constituye una de las principales causas de la pobreza en el mundo. El auge del sector informal, considerado con frecuencia como alternativa al mercado de trabajo asalariado, no ha brindado a millones de trabajadores sino una forma de trabajo precario en actividades de

supervivencia, caracterizadas por una productividad muy escasa. La disminución de la oferta de empleo ha tenido como consecuencia una heterogenización del mercado de trabajo que ha aumentado en proporciones considerables el número de empleos irregulares y mal pagados.

Cabe ver en estos trastornos una de las principales causas del aumento de la exclusión y la pauperización del planeta. Y en la necesidad de encontrar alternativas a este desfase entre trabajo y producción, uno de los principales problemas a que se ven confrontados los investigadores y las autoridades.

Sin esperar a que se acabe el desmoronamiento del mundo antiguo ¿es posible acortar, o al menos hacer soportable, este período de transición con sus profundas rupturas? Aceptar sus modalidades sin intentar corregirlas es políticamente irresponsable y humanamente inaceptable. En efecto, no sólo genera inestabilidad, sino que engendra una crisis social, cuya gravedad apenas se empieza a comprender.

El empleo es la principal fuente de ingreso de los hogares, pero se ha vuelto la o una de las principales fuentes de inseguridad social. Cuando se trata de un empleo formal, le permite al ser humano ser parte de un sistema de seguridad social, con derecho a la capacidad básica de la salud y a un sistema de ahorro para el futuro, así como el acceso a otras capacidades indispensables como el poseer una vivienda, educación, alimentación, etc. Además ofrece al trabajador ser parte de un proyecto colectivo, lo que convierte al empleo formal en un símbolo de identidad y comunión con los valores que la sociedad aboga .

Los cambios tecnológicos y organizativos que se han dado tanto en las empresas como en el conjunto de la economía durante la última década, han contribuido a acentuar la inequidad social. La expansión del empleo y los ingresos se han concentrado en un grupo reducido, lo que se refleja en particular en la ampliación de la brecha salarial entre los trabajadores con distintos niveles de educación.

La ampliación de la brecha salarial se encuentra estrechamente vinculada a la segmentación estructural del mercado, entre núcleos formales con buenas condiciones de trabajo y otros con baja productividad y con condiciones precarias. Estos sectores, se diferencian por la estabilidad en el empleo, los niveles de remuneración y productividad, por las posibilidades de capacitación, por los períodos de desempleo, la rotación de oficios, la cobertura de la seguridad social, el ambiente de trabajo y la formalidad del empleo.

La situación del empleo se caracteriza por una importante insuficiencia en cuanto a su nivel, marcadas inequidades de acceso a ocupaciones productivas y por un mercado deterioro de las condiciones de protección social.

Al respecto, en México, en cada uno de los próximos 13 años, ingresarán al mercado de trabajo alrededor de un millón de mexicanos más, lo que significa que el país requerirá generar a partir de 1998, para satisfacer la demanda de largo plazo, es decir para el año 2020 y 2030, la cantidad de 20.1 y 26.8 millones de empleos respectivamente.

Como puede comprenderse, este es un desafío mayúsculo para la política económica, que la acción social del Estado no podrá encarar, ni siquiera compensar provisoriamente. Una revisión de las pautas de financiamiento y de inversión, junto

con la creación de un ambiente consistente en favor del desarrollo, se presenta como una urgencia máxima para el futuro inmediato. La cohesión social está desde luego en cuestión, pero más pueden estarlo la estabilidad política y la seguridad del Estado.

Sin duda, la política social puede y debe intervenir en la generación de mecanismos que contrarresten la desprotección secular que resulta del desempleo y el mal empleo, así como modular la estructura de la oferta y la demanda laboral con el fin de incorporar a ciertos grupos prioritarios al mercado de trabajo a la vez de procurar elevar su productividad una vez insertos en él.

La reedición de una cohesión social sólida, que sea congruente con los cambios inevitables de la estructura económica y política de México, no es algo que esté asegurado. Puede presentarse como una urgencia o una exigencia nacional, pero conseguirla implica compromisos duraderos para poner en marcha una cooperación pública que de valor a ese objetivo, de primer orden en la experiencia estatal-nacional de México, pero ahora cuestionada por las mudanzas del régimen internacional y las drásticas mutaciones del sistema político nacional. La forma que adopte la reconstrucción del tejido social dañado o perdido de México, dependerá en alto grado de la manera como los grupos económicos y políticos más dinámicos aborden la cuestión social desde el Estado. Sólo desde esa plataforma estatal, puede aspirarse a innovar y experimentar con seriedad en una cuestión social tan abrumada, a la vez que tan volátil.

SEGUNDA PARTE

DE LA EXCLUSIÓN SOCIAL A LA COHESIÓN SOCIAL

Algunas condiciones del cambio

A juicio de un número cada vez mayor de investigadores, la deriva economicista, la supremacía del valor de cambio sobre la noción de uso, la gestión del planeta con el único rasero de la rentabilidad de la empresa y la extensión de la esfera mercante al conjunto de la actividad del hombre está conduciendo a la humanidad a un callejón sin salida. La pretensión de imponer la referencia mercante como criterio indiscutible de las políticas de desarrollo ha llevado a que se ignoren las necesidades colectivas no vinculadas al mercado, se malgasten los limitados recursos del planeta y se excluya de los beneficios del crecimiento a una parte considerable de la población mundial.

La impugnación del economicismo y el retorno a una concepción holística del desarrollo que rompa con la sectorialización excesiva imperante desde hace varios decenios aparecen, por consiguiente, como requisito de todo intento de fundar el cambio en la instauración del primado de lo social. Además, este procedimiento se convierte en una cuestión de principio, al constatar que el liberalismo se caracteriza por su voluntad de privar la regulación social de todo fundamento moral y que la afirmación de la exigencia de un desarrollo social para todos consiste en volver a dar una dimensión ética al concepto de desarrollo.

En realidad, hay que volver a dar su sentido al desarrollo sostenible del que tanto se habla desde la Cumbre para la Tierra (Río de Janeiro, junio de 1992) y recordar que el desarrollo es un concepto pluridimensional y que sólo puede realizarse mediante un enfoque que entregue «las riendas a lo social, acepte lo ecológico como una limitación asumida» y vuelva a dar «a lo económico su papel instrumental». Esta nueva axiología, en la que la eficacia económica no se mediría únicamente con el rasero de la rentabilidad de la empresa, sino que se evaluaría por la satisfacción de las necesidades sociales, es la única que puede ser operativa universalmente, respetando al mismo tiempo la diversidad de la humanidad.

En efecto, si se pone fin a la hegemonía del pensamiento económico dominante, que ha llevado a trasponer por mimetismo la experiencia de los países industriales a la totalidad del globo, y si se instaura el primado de lo social, se podrá tener en cuenta en materia de desarrollo la doble naturaleza de la condición humana, a la vez universal e inscrita en un contexto específico. El principio de universalidad dejaría de ser entonces sinónimo de un etnocentrismo occidental que ha dado unilateralmente a su modelo un valor universal.

No es posible atribuir al desarrollo una finalidad social sin aludir a lo político. En efecto, la agravación continua de las desigualdades ilustra la dimensión política de la cuestión social y destruye el mito de la neutralidad del Estado, que puede ser, según la índole de la elección efectuada y su relación de fuerzas, agente de integración o agente de exclusión. Ahora bien, en los últimos años se ha fortalecido su capacidad de producir exclusión a raíz de la función casi única que le asignó el neoliberalismo, a saber, crear un marco favorable al auge de la empresa.

La cuestión social es una cuestión política por cuanto todo proceso de determinación de prioridades de una sociedad es de índole política ya que debe tener en cuenta los conflictos de intereses entre las diferentes clases sociales. Así pues, la elaboración de una estrategia de desarrollo fundada en el primado de lo social requiere al mismo tiempo la construcción de la base política y social necesaria para su aplicación.

Se han agravado en el plano mundial la exclusión social y el desempleo estructural, lo que tiene como consecuencia la aparición por doquier de sociedades duales.

Lo que se denomina crisis mundial es más un fenómeno social que económico. En efecto, se traduce en la agravación de la desigualdad en las distintas regiones del planeta y dentro de cada país, sea en el Norte o en el Sur, así como en el deterioro constante de la calidad de vida de la población excluida del circuito de trabajo organizado. ¿Cómo frenar esta tendencia y promover políticas que tengan como objetivo restaurar la justicia social? ¿Están los responsables de tomar decisiones realmente dispuestos a comprometerse a que esto suceda? No existe vínculo directo de causalidad entre el crecimiento económico y la solución de los problemas sociales y medioambientales. Además, el concepto de exclusión puede contribuir a entender la complejidad de los procesos sociales del mundo de hoy y a elaborar nuevas propuestas de políticas sociales.

- Cambiar los modos de vida en el Norte y en el Sur

Algunos de los modos de vida más generalizados en el mundo son causa de exclusión social, mientras que otros son su consecuencia.

La elección de un modelo de desarrollo sostenible debería tener como consecuencia la modificación profunda de los modos dominantes de vida y consumo. Tal modelo implica, en efecto, un fortalecimiento de la ciudadanía y las redes de solidaridad, la elaboración de nuevas formas de trabajo capaces de satisfacer las necesidades a las que sólo puede atender el mercado y una relectura de los conceptos de empleo y de trabajo. Supone además que se defina de nuevo la función del conjunto de agentes económicos y sociales. Si bien no es fácil hacer aceptar ese modelo, también es cierto que sólo el desarrollo sostenible puede prevenir el apartheid social y los desastres ecológicos que se preparan si persisten las tendencias actuales.

- Del Estado providencia a una sociedad que se responsabilice de sí misma

El Estado providencia atraviesa en los países europeos por una crisis tal que es inconcebible querer preservarlo en su forma actual. Sin embargo, al mismo tiempo el propio mercado se muestra incapaz de reducir las desigualdades económicas y sociales. ¿Qué nuevas formas de organización y acción se habrán de promover si se quieren lograr los objetivos de justicia y cohesión social más eficazmente y a menor costo que con el Estado providencia?

En nuestros países, en los que no existen estructuras organizadas de protección social, no se puede satisfacer la demanda social mediante políticas estrictamente sectoriales y más bien es urgente la elaboración de estrategias de desarrollo de carácter holístico.

- Público y privado

Encontrar nuevas formas de asociación entre el Estado, el mercado y el sector terciario: dado el costo exorbitante de las transiciones efectuadas cuando no existe una política de regulación, es necesario promover el diálogo y la asociación entre los agentes políticos, económicos y sociales, consolidando, entre otras cosas, las instituciones tripartitas.

El viejo conflicto entre Estado y mercado debe desaparecer en favor de nuevas formas de organización social que dejen amplio espacio a la iniciativa local y a los niveles intermedios de decisión. Es indispensable determinar cómo fortalecer la democracia participativa sin ceder a las presiones de intereses sectoriales y preservando la necesaria centralización de algunas decisiones.

- Hacer habitable la ciudad

Actualmente, la mitad de la humanidad vive en las ciudades ¿cómo resolver los problemas de la urbanización, cuando las ciudades se están convirtiendo en un lugar de desarrollo inadecuado, de exclusión y pobreza?

Hacer habitable la ciudad supone aplicar estrategias de desarrollo urbano destinadas a satisfacer las crecientes necesidades de **empleo, vivienda, sanidad, educación y preservación del medio ambiente**. Un programa tan vasto supone una voluntad política -prácticamente inexistente hoy en nuestros países- preocupada por remediar la crisis urbana.

- De la teoría a la acción

¿Qué hacer? Es imprescindible reorientar la política federal y local hacia el objetivo de lograr un desarrollo sostenible y generador de cohesión social, dando prioridad a lo social, es decir, a lo humano, en las estrategias de desarrollo, caracterizadas desde hace tres decenios por la deriva hacia el economicismo, cuyos estragos se pueden medir hoy en día.

La pobreza, con sus corolarios como la exclusión o la desigualdad, ha adquirido en todo el mundo tales proporciones que desde el fin de la confrontación Este-Oeste parece haberse convertido en uno de los principales factores de inestabilidad en el mundo. Al provocar conmociones políticas y sociales cada vez más graves y revelar el profundo desgarramiento del entramado social, que pone en tela de juicio la legitimidad del Estado, esta cuestión exige un tratamiento que supere los arreglos sectoriales laboriosamente elaborados desde hace algunos años.

La gravedad del problema explica que los dirigentes políticos den a la cuestión social un lugar central en su discurso. Tanto en el plano internacional como en la mayoría de los países del planeta, parece que finalmente se la considera algo crucial. Una de las prioridades oficiales de los Estados y la comunidad internacional es buscar soluciones a la pobreza que cada día se agrava más.

TERCERA PARTE

¿QUÉ SE HA DE CAMBIAR, QUÉ HACER?

¿Cómo pasar de una lógica de crecimiento económico a una de desarrollo social? Este es un inmenso campo abierto a la reflexión y a la acción. Cambiar los modos de vida para ajustarlos a las limitaciones ecológicas, redefinir la función del Estado, volver a tejer los vínculos sociales para construir sociedades productoras de cohesión social, dar de nuevo su sentido a la democracia, tales son las principales vías hacia un cambio capaz de hacer que al término de un período de transición lo más corto posible el mundo sea grato para cuantos lo habitan.

- **Cambiar los modos de vida**

También en este caso la simplicidad de la formulación vela la complejidad de los problemas que sustenta este objetivo ¿Cómo evoluciona un modo de vida que no se puede reducir a un simple modo de consumo? ¿Cuáles son sus determinantes? ¿Cuáles pueden ser las motivaciones materiales o simbólicas que incitan a una población dada a cambiar su modo de vida? ¿Qué vinculación mantienen los modos de vida con la exclusión? Como es sabido, algunos de ellos producen exclusión, mientras que otros, como las estrategias de supervivencia de los más pobres, son su consecuencia ¿Cuáles son los obstáculos lo suficientemente poderosos para oponerse a los cambios necesarios?

Planteados estos interrogantes, sigue en pie que el cambio de los modos de vida está en el centro de la problemática del desarrollo sostenible y plantea el problema crucial de construir nuevas relaciones entre los países industrializados y los países emergentes, fundadas en el reconocimiento de una solidaridad planetaria. En efecto, se trata, en primer lugar, de compartir de manera menos injusta el goce de los limitados recursos naturales y los frutos de un crecimiento mundial del que ya se sabe que será más lento y dependerá en mayor medida de las restricciones ecológicas.

No obstante, para algunos autores el propio crecimiento no es compatible con la noción de desarrollo sostenible. Pues el espacio ecológico todavía disponible ya no puede ser productor de crecimiento para todos y debe reservarse a los países en desarrollo, ya que las naciones ricas han abusado desafortunadamente de los recursos del planeta. Otros afirman por el contrario que la exigencia de desarrollo sostenible no condena el crecimiento económico, la energía ni los demás factores materiales de producción que encierran un considerable potencial de productividad al que se puede recurrir. Con todo, abogan por una autolimitación del consumo en las sociedades ricas, con objeto de evitar que el enriquecimiento de los unos provoque el empobrecimiento de los demás y lleve a la mundialización del apartheid social.

Sin embargo, los beneficiarios del sistema actual son lo suficientemente numerosos y poderosos para impedir ciertos cambios que la comunidad internacional reconoce ser necesarios. Es bien sabido, entre otras cosas, que la casi totalidad del mundo de la industria quiere seguir *externalizando* los costes sociales y medioambientales de un crecimiento que genera cada vez menos progreso social. Ahora bien, únicamente con la *internalización* de esos costes se podrá poner fin al despilfarro ecológico y humano que caracteriza la lógica dominante de producción. ¿Cómo impulsar los modos

alternativos de producción que entraña la valorización de modos de vida más ahorrativos cuando se sabe que círculos poderosos, en particular en el sector de la energía, no tienen interés alguno en promover tecnologías alternativas y que el imperialismo cultural de que tanto se habla vela una dominación tecnológica de la que se habla menos? Por esta razón es necesario determinar con precisión esos agentes mundiales que parecen tener tanto poder y de delimitar sus intereses lo mejor posible y explorar su estructura cognoscitiva, a fin de comprender la visión que tienen del mundo que están moldeando.

En un mundo cada vez más interdependiente, es indispensable prever la creación de instancias internacionales de regulación, sin dejar de lado la cuestión del papel del Estado nacional.

- **Redefinir las funciones del Estado**

Para lograr esto es necesario partir de dos constataciones. Por una parte, hay que reconocer que el debate se inició hace ya varios años en forma inadecuada. No se trata de oponer el Estado al mercado, sino de recordar que la autorregulación del mercado por sí mismo muestra sus límites y que es necesario restaurar la función reguladora del Estado. Este sigue teniendo una importante función que cumplir como instancia de regulación, definición y aplicación de las políticas de desarrollo. En efecto, sea cual fuere la necesidad de hacer participar a todos los asociados en la refundación de un contrato social sobre bases nuevas, las políticas macroeconómicas seguirán teniendo repercusiones considerables, positivas o negativas según que el Estado desempeñe o no su papel integrador, en la pobreza y la exclusión, a través de la fiscalidad y la determinación de los tipos de interés y de la cuantía del gasto público en sectores como vivienda, sanidad o educación.

Un Estado corrector de las desigualdades más graves, redistribuidor de los frutos del crecimiento y la innovación y capaz de contrarrestar los efectos perversos del mercado todopoderoso. Así pues, lo que hay que preconizar no es «menos Estado», como lo hacen los defensores del neoliberalismo, sino «mejor Estado», lo que supone redefinir sus modos de funcionamiento y sus relaciones con el conjunto de los agentes económicos y sociales. Existe la urgencia de una renovación profunda del estado, así como la necesidad de renovar las formas de organización social en general. Esto implica poner en entredicho el carácter burocrático y centralizador del Estado. En una palabra, el Estado protector se transformaría en Estado animador, Estado servicio, para crear un contexto que permita a la sociedad responsabilizarse de sí misma y reducir la fractura social.

- **Restablecer los vínculos sociales**

Si en la actualidad son muy pocos quienes impugnan la necesidad de reconstruir los vínculos sociales, esto no significa, sin embargo, que se esté de acuerdo sobre la forma de hacerlo ¿A qué escala deberá buscarse la cohesión social? ¿Acaso a nivel local, corriendo el riesgo de sacrificar el interés general a las reivindicaciones de algunas categorías? ¿O a nivel regional o nacional, corriendo el riesgo de olvidar la necesidad de instaurar una solidaridad mundial?

Como la mundialización de la economía es un factor de exclusión en los países más pobres y para las categorías menos favorecidas de la población mundial, las políticas

económicas deben reconsiderar igualmente la prioridad dada a las exportaciones en muchos países y poner el mercado interior en el lugar que le corresponde. Volviendo a colocar la noción de territorio en el centro de la política económica, orientada exclusivamente desde hace tres decenios según el modelo del espacio planetario, la construcción de verdaderos mercados internos: nacionales, regionales y locales, favorecería la creación de espacios económicos fundados en la satisfacción de la demanda local y productores de una solidaridad hoy inexistente.

Sin bien conviene explorar todas las vías susceptibles de remediar la fractura social del mundo actual, la repartición del trabajo parece ser condición esencial de la reconstrucción de los vínculos sociales. En efecto, según se ha señalado, el trabajo no es únicamente fuente de ingresos, sino que es además una dimensión primordial de la existencia social por cuanto el hombre necesita formar parte de una comunidad de trabajo para guardar el sentimiento de que contribuye a la vida de la colectividad. Louis Emmerij subraya que como el mundo actual produce más con menos trabajo y como el crecimiento ya no crea empleo, es preciso reestructurar el mercado del empleo teniendo en cuenta la mayor productividad obtenida gracias a las innovaciones tecnológicas. Las autoridades deberán dejar de considerar el desempleo como una fatalidad y más bien aplicar políticas activas de empleo, fundadas a la vez en la necesaria repartición del trabajo y en la creación de puestos de trabajo social, que se había dejado de lado.

La reconstrucción del vínculo social resulta tanto más urgente cuanto que de ella depende la democracia. El auge de la tentación totalitaria que se apoya en mitos de búsqueda de identidad, refugio frecuente de colectividades hundidas en la anomia social, bastaría para mostrar que la falta de cohesión social constituye un obstáculo importante para la democracia. En efecto, ésta sólo puede ser formal en los países en los donde la mayoría de la población vive en situación de exclusión y gasta la mayor parte de sus energías en luchar por la supervivencia. Tomando como postulado el reconocimiento de la dignidad y los derechos de todos, el desarrollo social coloca la reivindicación democrática en el centro del debate.

- **Volver a dar sentido a la democracia**

Tal como se ha concebido y aplicado hasta ahora, la democracia se ha mantenido encerrada entre dos fronteras, cuya rigidez atenta hoy contra su principio mismo. Estrictamente acantonada en el campo político, no se extendió jamás al campo económico ni social, que son, sin embargo, dimensiones vitales de la actividad humana. Muy poco representativa, siguió siendo una democracia por delegación, que no exploraba el aspecto esencial de la participación del conjunto de los ciudadanos en la toma de decisiones o su aplicación.

Pasar del modelo en el que el Estado se considera único agente de cambio social a una perspectiva en la que los agentes desempeñen un papel determinante en el cambio no es una utopía, sino un requisito para que la sociedad pueda responsabilizarse más de sí misma en un mundo en el que los poderes estatales o comunitarios ya no asumen la función de protección real y simbólica. Así pues, la evolución necesaria hacia una sociedad que se responsabilice de sí misma requiere que se definan de nuevo las relaciones entre los principales agentes sociales: el Estado, el mercado y la sociedad civil.

Agente indispensable, como lo ha mostrado la historia, de la vida económica y social, el mercado no puede constituir, según lo prueba la experiencia de los últimos decenios, la única instancia de regulación de las relaciones sociales. En términos más generales, la iniciativa privada, sea que proceda del mercado o del sector terciario, no puede reemplazar en todas las circunstancias al Estado. En efecto, el conjunto de la sociedad requiere que éste conserve su poder de árbitro, máxime porque contrariamente a la tendencia dominante en los últimos años, es menester no idealizar demasiado un sector terciario más sometido de lo que se cree a la lógica del interés. Muchas «iniciativas populares» no son ni mucho menos tan espontáneas como se cree. En cuanto a las asociaciones, «ocultan a menudo estrategias de captación privativa de la ayuda internacional» y no siempre escapan a la lógica del mercado o a la instrumentalización política. Asimismo, es menester interrogarse sobre la representatividad real de un gran número de ONG que se autoproclaman portavoces de una sociedad civil que sigue siendo demasiado silenciosa para designar sus representantes.

¿Qué formas de asociación se habrán de inventar para que el conjunto de los agentes sociales desempeñen su papel y para armonizar las políticas públicas y las acciones ciudadanas? ¿Puede servir todavía el tripartismo, que inspiró la creación de la OIT y sigue siendo en numerosos países una instancia de negociación entre las empresas, los sindicatos y el Estado?

Si el principio del tripartismo sigue vigente, es una noción que deberá adaptarse a la evolución de la sociedad civil y ampliarse de modo que incluya al conjunto de los interlocutores sociales, entre ellos los representantes de los excluidos que con frecuencia quedan al margen de las estructuras sindicales clásicas. De todos modos, será preciso extender el diálogo a la concepción de las políticas económicas, en la que debe tomar parte el conjunto de los ciudadanos.

Por lo demás, ¿a qué nivel se deberán adoptar las decisiones relativas a una colectividad dada? Esta es una cuestión crucial para la democracia que, para dejar de ser únicamente representativa y transformarse en una dinámica participativa, deberá tener en cuenta la necesidad de diferenciar los niveles de decisión y fortalecer el poder de las instancias locales. Permitir a las estructuras democráticas locales intervenir en el proceso de decisión supone reconocer la diversidad de situaciones, necesidades e interlocutores. Es admitir que no existe un camino único para resolver los problemas de un mundo pluralista.

¿Cuáles podrían ser las modalidades de esta consideración? Para reorganizar democráticamente un mundo caracterizado hoy por la tradición centralizadora del Estado nacional, la dilución de las responsabilidades en el plano internacional y el silencio en el que se mantiene a los agentes locales, parece necesario establecer nuevas relaciones entre el plano local, nacional, internacional y mundial. Sin embargo, si bien es de desear que aumente el número de participantes en la definición de las políticas, esto no significa que sea preciso responder a toda solicitud. Se trata más bien de construir una organización institucional capaz de arbitrar los conflictos nacidos de intereses contradictorios y hacer participar los diferentes niveles de decisión en la definición de objetivos colectivos. En otras palabras, reconciliar la acción local y el pensamiento mundial. El objetivo es ambicioso por cuanto hasta ahora la competición rige con frecuencia las relaciones entre los diferentes niveles de

decisión: es necesario pasar de una lógica de competición a una de complementariedad. Una de las soluciones podría ser definir el nivel de centralización de que precisa toda sociedad moderna.

Una de las maneras de avanzar hacia una sociedad más participativa tal vez consista en dejar de hablar únicamente en términos de satisfacción de las necesidades de las comunidades interesadas y más bien tener en cuenta sus capacidades no utilizadas. Al cotejar necesidades y capacidades se podrían resolver muchos de los problemas a nivel local.

En términos más generales, el reconocimiento de la pluralidad de los contextos y del derecho de todos a participar y multiplicar los niveles de decisión supone que se abran los distintos niveles del saber, estableciendo puentes entre el saber popular y el saber científico. En efecto, la prioridad dada por la casi totalidad de las políticas nacionales al saber elitista ha privado a la humanidad de buena parte de sus conocimientos «El 90% del saber humano actual se ha producido durante los últimos treinta años. Sin embargo, si se define el saber como la capacidad de sobrevivir de manera duradera, desde hace treinta años se ha perdido el 90% del saber humano». Esta apertura no es imposible: la promoción del saber popular y su referencia al saber académico ha permitido a algunos países escapar en gran medida al predominio de la tecnoestructura en la gestión del país.

- **Rehabilitar las ciencias sociales**

Colocar los pueblos en el centro de la problemática del desarrollo no es sólo un lema. La experiencia ha mostrado suficientemente que los modelos que no parten de los agentes mismos tropiezan con la lógica interna de los procesos de desarrollo. Pese a esta evidencia, la demanda de conocimientos sociales sigue siendo muy escasa. Prácticamente ningún organismo de desarrollo ha estimado necesario incluir a investigadores sociales en sus órganos de decisión. Para justificar esta actitud se invoca por lo general el elevado costo de los estudios sociales, sin evaluar nunca el de los errores cometidos cuando se ejecuta una actividad sin conocer la correspondiente situación social.

En realidad, hasta ahora las ciencias sociales han servido de venero de información y estadísticas para los que toman las decisiones económicas, partidarios de la «teología del mercado». Cambiar el orden de las prioridades para dar a lo social el lugar que nunca hubiera debido perder supone, pues, integrar a los sociólogos en todos los niveles de la reflexión sobre el cambio social y sus modalidades y hacerlos participar en la toma de decisiones.

Sin embargo, esta ausencia debe también hacer reflexionar a los investigadores. Tal vez ellos mismos sean en parte responsables de que no se les incluya en los circuitos de decisión por cuanto sólo en pocas ocasiones han tratado de elaborar instrumentos operativos, tomando como base su investigación. Si quieren tomar parte en la definición y aplicación de las políticas de desarrollo, deberán salir del simple campo del análisis, participar en la acción y compartir sus riesgos.

Reflexionar para obrar deberá ser en todos los casos el objetivo de las ciencias sociales, si se quiere que sean realmente parte integrante de la construcción del mundo del mañana.

- **Reformar la sociedad internacional**

Una redefinición de las respectivas funciones de los agentes sociales que tenga en cuenta a la vez los efectos de la mundialización y la exigencia social supone que se busquen a nivel internacional nuevas formas de regulación política y económica, lo que entraña una profunda reforma de las Naciones Unidas y las organizaciones de Bretton Woods.

En efecto, éstas no sólo se erigieron en guardianes mundiales de la hegemonía del orden dominante, sino que fueron concebidas desde un comienzo para responder a las necesidades específicas del funcionamiento de los países capitalistas desarrollados. La internacionalización de sus actividades aparece, pues, como una negación de la pluralidad del mundo, ya que impone un modelo único cada vez más impugnado. En la óptica del desarrollo social es preciso revisar todo el edificio actual de la cooperación para el desarrollo. Por su parte, el sistema de las Naciones Unidas deberá empezar a adaptar sus modalidades de intervención a la evolución de las prioridades, participando más que hasta ahora en la dinámica del cambio. Una cooperación internacional más respetuosa de la diversidad y la democracia deberá escuchar las voces de las que hizo caso omiso durante tanto tiempo y no imponer sus opiniones y manera de obrar a los poderes públicos, con frecuencia más enterados de las necesidades y deficiencias propias de su sociedad.

Al poner fin al monopolio de las organizaciones interestatales, la reforma del sistema internacional deberá permitir la aparición de organizaciones democráticas mundiales de control y de propuesta. Esto es, en efecto, lo que está en juego, según la Alianza Mundial contra el Apartheid Social, que preconiza la creación de una organización mundial de representación de los ciudadanos con objeto de facilitar, entre otras cosas, la participación equitativa de los habitantes de todos los continentes en la gestión del mundo.

- **Elaborar nuevas formas de asociación**

Este cometido podría apoyarse en una serie de acciones realizadas en todas partes, como la experiencia de gestión comunitaria en materia de salud que se llevó a cabo con éxito en Canadá, o bien la red europea de *Ciudades Salubres*, construida paulatinamente desde 1986 bajo la égida de la OMS.

Otras experiencias podrían inspirar la búsqueda de nuevas formas de asociación entre los agentes sociales, que puedan paliar las carencias del Estado y dar finalmente un contenido concreto a la democracia municipal.

- **Favorecer el acceso al empleo**

Como la exclusión del mundo del trabajo es una de las principales causas de pobreza y marginación, es urgente sustituir la dinámica actual productora de desempleo por una política activa de promoción de empleo, que constaría de dos partes.

La primera consiste en obrar directamente sobre el mercado del empleo mediante políticas voluntaristas. Cabe mencionar dos tipos de propuestas que pueden frenar la dinámica del desempleo. Algunos proponen, entre otras cosas, sancionar con penalidades financieras a las firmas que despidan empleados con mucha frecuencia. Los fondos así obtenidos podrían servir para financiar programas de seguro contra el

desempleo, fondos de pensión o actividades -en el sector de la educación, por ejemplo- destinadas a facilitar la inserción profesional de los solicitantes no calificados de empleo. En el mismo orden de ideas, podrían preverse alicientes financieros (subvenciones, deducciones fiscales, etc.) para los empleadores que practiquen una verdadera política de contratación. Es preciso además explorar todas las posibles fuentes de empleo. Muchos países podrían solucionar una parte del inmenso problema del desempleo rural mediante políticas de fomento de la actividad rural no agrícola, lo que tendría además la ventaja de facilitar servicios a regiones que, por lo general, se encuentran muy mal equipadas. La creación de empleo social de proximidad, prácticamente inexistente, contribuiría a liberar el mercado de trabajo en las ciudades.

La segunda parte consiste en realizar acciones previas al mercado del empleo propiamente dicho. En efecto, es bien sabido hasta qué punto el analfabetismo, la subcalificación y la pertenencia a una categoría marginal impiden a millones de personas el acceso a un trabajo remunerado. Sólo estrategias destinadas a solventar esas dificultades permitirán a los grupos más desamparados y vulnerables adquirir los instrumentos indispensables para tener un empleo remunerado. En esta perspectiva se deberán considerar prioritarios campos como la salud, la educación y la eliminación de las discriminaciones fundadas en prejuicios culturales. Estas actividades son tanto más necesarias cuanto que son las únicas que permiten a las jóvenes y mujeres adultas escapar a la exclusión de la que son víctimas. En esta óptica, se deberían integrar a las estrategias de lucha contra la exclusión del mercado de trabajo las políticas de planificación familiar o la creación de guarderías.

Invocado con frecuencia como obstáculo para su aplicación, el costo de esas políticas plantea menos problemas de los que se cree. En efecto, es menester efectuar estudios específicos sobre su compatibilidad con el equilibrio económico indispensable y buscar la mejor relación entre costo, eficacia y equidad. Pero incluso sin cuantificar el precio político y financiero de la exclusión social, las cuantías, con frecuencia considerables, destinadas en la actualidad a minimizar sus efectos, podrían reconvertirse en acciones productoras de cohesión social.

- **Redistribuir los activos**

Las acciones que es preciso realizar en apoyo previo a las políticas de empleo propiamente dicho deberán ir más allá de la satisfacción de las simples necesidades sociales. Como la distribución desigual de la riqueza y de los factores de producción hacen parte de las causas principales de exclusión, también es necesario obrar mediante políticas de redistribución de los activos. Así, el Banco Interamericano de Desarrollo juzga indispensable efectuar importantes reformas agrarias en la mayor parte de los países de América Latina en los que la extrema concentración de la tenencia de la tierra es una de las causas más importantes del desempleo rural y la migración a las ciudades. Asimismo, la democratización del acceso al crédito debe formar parte de las políticas de redistribución de los activos, lo mismo que las reformas fiscales destinadas a aligerar los impuestos del trabajo y aumentar los del capital y los ingresos por inversiones especulativas.

Indispensables para eliminar las desigualdades dentro de cada país, tales reformas no pueden, sin embargo, tener repercusiones en la redistribución desigual de la riqueza mundial. Parece necesario reducirla estableciendo una fiscalidad internacional que

pueda generar importantes recursos financieros para asignarlos al desarrollo social. Ya en la Cumbre de Río se contempló la posibilidad de instituir un impuesto por el consumo de energía, la famosa ecotasa, que se archivó inmediatamente después por presiones de Estados Unidos, las grandes compañías petroleras y los exportadores de hidrocarburos. Como en los últimos años se generalizó el movimiento especulativo de capitales, se popularizó la idea de crear un impuesto, denominado Tobin por el nombre de su ponente, por los beneficios devengados de esas inversiones. También en este caso se han elevado numerosas voces en contra, en nombre de la sacrosanta autorregulación del mercado. Sin embargo, la renuencia a instaurar una fiscalidad internacional no debe impedir que se sigan explorando las modalidades ni que se trabaje por su aplicación.

- **Políticas de la ciudad**

Dentro de unos pocos años las ciudades albergarán a la mayoría de los habitantes del planeta. Si a lo largo de la historia su evolución se ha producido de manera empírica, en la actualidad su crecimiento es tal que se hace necesario planificarlo y regularlo en todas partes. Como la crisis social mundial es cada día más una crisis urbana, se hace urgente elaborar políticas y forjar instrumentos capaces de resolverla, habida cuenta de la diversidad de los conceptos y situaciones.

La ciudad ha sido siempre un lugar de cultura y de encuentro, un lugar que brinda inmensas oportunidades a la creatividad humana. Es menester aprender a devolverle esas funciones. Sin embargo, ¿podrá llamarse ciudad a esos lugares que sólo son aglomeraciones que presentan numerosos rasgos de la vida rural? ¿Cómo administrar el fenómeno, generalizado en nuestros países, de la *rurbanización*, para emplear un término acuñado por los sociólogos? Esas son interrogantes que muestran la urgencia de elaborar una verdadera política urbana adaptada a las mutaciones contemporáneas.

Como se ve, llevar a cabo una reforma mundial destinada a derrocar la lógica productora de pobreza y exclusión constituye un inmenso campo de trabajo. Es obvia la necesidad de modificar el orden actual de las prioridades para construir a escala planetaria un desarrollo sostenible fundado en el ser y no en el tener.

¿Es esto una tentativa nostálgica de volver a encontrar una armonía social que se había perdido y una negativa a una evolución que sus defensores consideran ineluctable? Desde luego que no. La defensa de otro tipo de desarrollo, sostenible y social, no es, como lo pretenden algunos, una reacción negativa al choque con la modernidad, sino por el contrario, un combate por la modernidad. Al producir crisis y resultar incapaz de hacer progresar el conjunto de la sociedad humana, han mostrado su obsolescencia los sistemas económicos y políticos actuales y las tecnologías en que se apoyan. Impugnar su validez y elaborar alternativas capaces de reducir fracturas anunciadoras de tormentas planetarias sería más bien la única manera de preparar el siglo apenas comenzado, es decir, hacer entrar en él a toda la humanidad con iguales posibilidades de vivir en dignidad.

ANEXO

Zonas de trabajo de la economía solidaria

Adaptado de Le Monde Diplomatique

¿Cómo ir más allá de la "economía capitalista de mercado", que resulta incapaz de dar paso a las regulaciones económicas y financieras -sociales- que caracterizan la mutación que experimentamos actualmente en el mundo de la información (computadoras, robots, Internet, biotecnologías) y el cambio de era que implica?

Hay que inventar una economía social y solidaria, porque ésta constituye un elemento situado, por una parte, en el terreno de las lógicas económicas del mercado y por otra en el de un servicio público en peligro. Se trata, así, de una economía plural. Esta economía solidaria toma varias designaciones: "tercer sector con finalidades sociales y ecológicas", "tercer sector de economía de proximidad" o, simplemente, "tercer sector". Las designaciones expuestas cumplen una diversidad de funciones, en cierta manera etapas de las antiguas formas de economía social que, por medio de sus asociaciones mutuales, sus cooperativas obreras y otras organizaciones, han defendido valientemente su espacio en el siglo XX. La economía solidaria va mucho más allá de la idea de crear un "sector de empleo y de convivencia" para los desempleados, donde aquellos de baja calificación realizarán todo tipo de "pequeños trabajos".

Ante el aumento continuo del empleo precario, de la exclusión y de las desigualdades sociales, resulta necesario utilizar la imaginación y la innovación para ir más allá de la sociedad asalariada tradicional y transformar las modalidades de la distribución de bienes y de servicios. Ya han surgido estatutos para nuevos tipos de empresa: la sociedad con vocación social, por ejemplo.

Las respuestas propuestas para las preguntas siguientes implicarán el porvenir de nuestras sociedades:

- ¿Cómo estructurar, entre el mercado y el sector público, la economía solidaria, para que ésta se inscriba en una lógica de economía alternativa?

-¿La "fuerza productiva" principal del ciudadano de mañana continuará relacionada con la producción de bienes y de servicios habituales o bien resultará de la producción de bienes relacionales con objeto de establecer nuevas relaciones entre los humanos?

¿En resumen, más allá del objetivo de creación de empleo, la economía solidaria constituirá el núcleo de nuevas formas para la empresa y la puerta abierta para las garantías incondicionales que permitirán vivir dignamente a los ciudadanos a través de proyectos y especialmente de aquéllos que implican la producción de bienes relacionales? (Jacques Robin)

II. CONFLICTO Y COHESIÓN SOCIAL

El conflicto nace del enfrentamiento entre colectivos sociales con intereses contrapuestos. Hillmann habla del término *conflicto* como "denominación general para las divergencias, las tensiones, las rivalidades, las discrepancias, las disputas y las luchas de diferente intensidad entre distintas unidades sociales". El conflicto, por tanto, es el resultado del desajuste social producido por la manifestación *activa* de los intereses de un grupo que cuestiona la voluntad de mantener los intereses actuales o futuros de otro grupo. La resultante de la confrontación *activa* entre intereses sociales contrapuestos es la inestabilidad social. El conflicto está relacionado con la oposición entre el orden dominante y el orden emergente, esto significa que el conflicto tiene que ver con el dominio territorial y el poder que se ejerce en el territorio. El conflicto social nace de la perturbación social producida por los individuos que no participan del poder establecido y que altera las condiciones existentes del orden instituido.

En una organización social ¿es necesario el conflicto? ¿Puede una organización social avanzar sin conflicto? Si la respuesta es afirmativa ¿Cuáles son los límites del conflicto? Tomemos como referencia dos corrientes de pensamiento: la estructuralista y la etnometodológica. El pensamiento estructuralista parte de un enfoque sistémico de la realidad, es decir, de una visión estática y no histórica que afirma que las acciones humanas vienen determinadas por las estructuras sociales subyacentes. Éstas son las responsables de los conflictos y de la interacción de los individuos. El conflicto sólo tiene sentido desde un punto de vista holístico. El conflicto, como una parte del sistema social, sólo puede ser interpretado a partir de las interrelaciones generadas por el propio sistema. El conflicto no es la consecuencia necesaria de la relación social, sino que es un elemento más de las relaciones colectivas inherentes al propio sistema. Los límites del conflicto quedan definidos por la eficacia de la estructura del sistema. Un conflicto no controlado será un indicador de la crisis del sistema.

La etnometodología considera que la organización social es un logro pactado entre las personas afectadas por el orden establecido. No estamos ante una teoría apriorística conjugada por principios axiomáticos claramente definidos, sino todo lo contrario, ante conclusiones fundamentadas en observaciones empíricas del comportamiento de las interacciones sociales producidas habitualmente. Después de varios estudios realizados sobre el incumplimiento de normas sociales establecidas, Garfinkel y otros etnometodólogos llegaron a dos conclusiones fundamentales: a) El ser humano muestra una adhesión hacia las normas que emplea habitualmente; b) La interpretación de las normas marca la organización de sus funciones dentro del colectivo. Cuando se produce la trasgresión de la norma, el individuo no adapta el discurso simbólico a la situación creada, sino que tiende a rechazar al individuo trasgresor. Como se puede observar, la etnometodología intenta poner de manifiesto la resistencia del individuo a las alteraciones de las construcciones mentales del orden social. La sociedad es una construcción del individuo y el conflicto rompe el equilibrio entre una realidad social pactada y el modelo mental sobre el que se sostiene la

organización social. Es la visión de una sociedad conservadora que no sólo rechaza el conflicto sino que, además, no está dispuesta a permitir cambio alguno que no haya estado previamente asumido y posteriormente pactado.

Las dos visiones del conflicto social se pueden resumir de la siguiente manera: a) el conflicto es un elemento del sistema social (estructuralismo), b) el conflicto es una cuestión de percepción y de alteración de los símbolos sociales intersubjetivamente admitidos (etnometodología). La idea de conflicto va asociada a la idea de cambio social. El conflicto se genera desde el interior del colectivo social, esto es, por evolución interna de la propia sociedad o bien por influencia externa de colectivos que irrumpen en una sociedad exigiendo el reconocimiento de sus propios intereses de grupo. Naturalmente, el conflicto social tiene dimensiones. No es lo mismo el conflicto generado por un colectivo que pretende alcanzar el poder por medios violentos, que el conflicto de intereses planteado por la presencia de inmigrantes con diferentes patrones culturales en busca de una estabilidad socioeconómica.

La conflictividad originada en el interior de un grupo aparece por la ruptura de los vínculos internos de una comunidad. Un conjunto de personas se define como grupo por la aceptación solidaria de una serie de principios. La vinculación que establecen los individuos con los principios da lugar a la *cohesión social*. La aceptación de las normas es un ejercicio individual que exige la organización social. La pertenencia al colectivo es un ejercicio voluntario e inducido por los miembros del propio grupo. La pertenencia obligada a un grupo determinado puede ocasionar el rechazo a las normas y, por tanto, a la ruptura de la *cohesión social*. No hay que confundir *cohesión social* con *integración social*. La *cohesión social* interviene en el ámbito de las relaciones sociales de un colectivo, mientras que la *integración social* hace referencia al grado de aceptación de las relaciones entre personas o conjunto de personas que pertenecen inicialmente a distintos colectivos.

El grado de aceptación en un proceso de integración depende de la diferencia cultural entre los grupos sociales. Podemos señalar dos líneas de pensamiento referentes al concepto de integración social: a) La idea funcionalista, especialmente seguida por Parsons, que interpreta la integración social como el nivel de aceptación que un individuo o un grupo muestra de las normas, las costumbres, el idioma, los símbolos de una sociedad en un lugar determinado; b) la idea normativa, recogida por autores más recientes, que ve la integración social como un ejercicio de tolerancia y respeto entre la sociedad receptora y el colectivo inmigrante, en el mismo plano de igualdad normativa y sin que un grupo pierda su identidad cultural a favor del otro. La aplicación de ambas teorías no está carente de conflictos. La teoría funcionalista tiende a anular las diferencias culturales de la población inmigrada por la absorción de los rasgos diferenciales a favor de la cultura ya establecida, con las consiguientes tensiones sociales por parte de la comunidad que pierde su identidad cultural. Mientras la corriente normativa se sostiene en el difícil equilibrio inestable ocasionado por los diferentes intereses sociales de las diversas culturas.

Los movimientos migratorios han construido sociedades civiles compuestas por diversas razas, culturas y etnias. Las intenciones uniformadoras de los estados se han visto contestadas por la voluntad de las comunidades de mantener sus propias características.

El conflicto social surge del choque entre los intereses contrapuestos de dos o más

colectivos y de la ausencia de cohesión social del colectivo que no se siente integrado en la cultura de una sociedad ya establecida en el territorio. La integración social no presupone estar sometido a los dictámenes de un grupo determinado, sino mantener la voluntad de aceptar y respetar las normas de derechos y deberes establecidos en el territorio para toda la población sin exclusiones, y, al mismo tiempo, aceptar la cultura propia de los diferentes colectivos. Es cierto que las normas tienen valor cuando son dinámicas y se acomodan en cada momento al arbitraje de los intereses sociales contrapuestos y a la regulación del bien común.

Cohesión social y multiculturalidad son conceptos distintos pero relacionados mediante el respeto a las diferencias culturales y a la adecuada administración de los conflictos que puedan surgir entre la articulación de las formas de vida tradicionales y las aportadas por los foráneos. Mientras la cohesión social es fruto del equilibrio en la distribución de los bienes materiales y culturales, la multiculturalidad es un fenómeno de interrelación social generado por las migraciones y estimulado en los últimos años por la globalización de la economía. Actualmente la diversidad es una realidad social cada vez más generalizada en todo el planeta. El rechazo a la multiculturalidad, como negación de una o varias culturas incorporadas a un ámbito socio-espacial, es el rechazo a la cohesión social.

Es necesaria la construcción de un proyecto social donde se integren las formas culturales propias con las formas de vida aportadas desde afuera. La identidad cultural de un pueblo no puede ser un lastre histórico, sino un ejercicio diario de desarrollo social.

La persona, como ser social, se integra en la vida de un pueblo cuando es capaz de identificar e incorporar en su conciencia los valores que cohesionan al colectivo humano del lugar.

Para concluir podríamos plantearnos algunos puntos de reflexión:

- ¿Conoce o ha estado involucrado en conflictos de su localidad? ¿Puede visualizar su origen?
- ¿Cuáles considera sean los principales conflictos internos por los que atraviesa nuestro país? ¿Puede imaginar sus causas?
- ¿Considera que las normas guías de nuestras relaciones actuales –a nivel local y nacional– son explícitas y claras?
- ¿Cuál cree sea el grado de integración social existente en nuestro país, si nos basamos en criterios de tolerancia y mutuo respeto?
- ¿Podemos pensar que estamos encaminados hacia la construcción de un proyecto social (nacional), donde habrá respeto de las diferencias culturales, y se dará un justo equilibrio en la distribución de los bienes materiales y culturales?
- Si no es así, ¿cómo podríamos encaminarnos en esa dirección?
- ¿Considera usted que necesariamente todo cambio social presupone un conflicto?
-

III. LA FIESTA COMO HERRAMIENTA DE CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DE UN SISTEMA DE SEMEJANTES

Adaptado del curso *Multiculturalidad y Cohesión Social* de Joseph Fornés i García

Hablar de fiesta, de prácticas festivas, de festivales o de festividades, es, frecuentemente, hablar de cosas diferentes. En algunos contextos culturales incluso se aplican denominaciones diferentes para términos parecidos que no son, precisamente, lo mismo. Así descubrimos que los anglosajones hablan de *festival* o de "*fiesta*" con matices diferentes, según la intensidad de la participación, más o menos activa, de los que la celebran. En nuestro medio llamamos "fiesta" a muchas cosas: celebraciones, conmemoraciones, acontecimientos oficiales, sin que caigamos excesivamente en la trampa de entender lo mismo.

Aún más, si hablamos de las prácticas festivas contemporáneas podríamos pensar en un macroconcierto de rock, en la oferta lúdica de un parque o en un sábado por la tarde en un centro comercial repleto de juegos infantiles e incluso espectáculos, sorteos y regalos sorpresa.

La ingeniería festiva propia de la industria cultural y de la intervención de administraciones y ONG ha creado fiestas cuando no habían y en sitios donde nunca se celebraron. Este hecho ha favorecido el establecimiento de una diferencia que en algún caso ha provocado polémica: hay fiestas de vecinos o "tradicionales" en las que la auto-organización de la comunidad les proporciona una apariencia de más "autenticidad" y de más "pureza", y otras fiestas diseñadas, expresamente, que tendrían el estigma de fiestas "dirigidas desde arriba", sin saberse bien qué o quién es este de "arriba".

Lo que parece más normal es creer que para que se pueda hablar de fiesta tiene que haber un número considerable de gente que la concelebre, desde esta perspectiva sería fiesta aquello que la gente celebra y basta. Además, toda fiesta tiene quien la organiza; aunque éste sea el mismo que después también la celebra.

De todas maneras, estará bien la diferenciación teórica entre lo que a veces se nombra como '**prácticas festivas**' –refiriéndose a aquello que la gente celebra de forma 'espontánea'– e '**ingeniería festiva**' –refiriéndose a aquellos acontecimientos públicos diseñados expresamente, no importa por quien–.

Programación de actividades festivas

Habría que tener en cuenta los siguientes parámetros conceptuales como limitaciones en el momento de realizar una programación de actividades festivas:

La no estigmatización de la diferencia; evitando por lo tanto las innecesarias 'etnificaciones' en la presentación de los agentes que intervienen como actores en la fiesta. La 'folclorización' de los grupos no autóctonos en un escenario puede

conseguir el efecto perverso de estigmatización por exotización y etnocentrismo.

La excesiva compartimentación por sectores de población en la oferta de actividades no favorece la interculturalidad, sino que separa y dificulta el diálogo entre culturas, tanto por lo que respecta a franjas de edad como etnias, cultos y otras opciones personales.

Pero si son debidamente realizadas, a través de estas actividades se puede:

Potenciar aquellas acciones que tienen al grupo familiar como destinatario. Muchas de nuestras culturas tienen como marco una sociedad que toma la familia como eje central de la fiesta.

Potenciar la participación de propuestas culturales contemporáneas provenientes de los lugares de origen de los que vienen de fuera, y presentarlas con la máxima dignidad. El diálogo cultural sólo se puede producir delante del conocimiento mutuo. Otorgar prestigio a la propia cultura minoritaria entre los demás foráneos y darla a conocer, dignamente, entre los autóctonos es un buen principio.

Favorecer la participación activa de las organizaciones que congregan comunidades de inmigrantes, integrándolas en la organización de la fiesta. Pequeñas actividades, engalanado de las calles, gastronomía, pancartas, bailes, cuentos para niños: pueden ser una forma de participar activamente.

Programar espacios festivos donde se presenten acciones de raíz tradicional autóctona y llevarlo a cabo con asociaciones o grupos informales provenientes de toda la región, para evidenciar que la construcción de identidades también es heterogénea. La presentación de los símbolos, rituales y mitos desde una perspectiva abierta e integradora, hace posible la identificación simbólica; crea un nexo de unión y refuerza el sentimiento de pertenencia a una misma comunidad cultural; especialmente, en el caso de los niños. La creación de una misma memoria colectiva desde una realidad caleidoscópica –como es la que se presenta en muchas fiestas urbanas– puede favorecer el prestigio de la diversidad cultural como una confluencia de identidades mestizas y valiosas; a la vez que facilita la identificación con la comunidad que se recrea día a día.

LA FIESTA COMO REFLEJO DE LA VIDA SOCIAL

Se ha dicho de la fiesta que es un reflejo de lo que pasa en la sociedad, pero su atractivo y vigencia sugieren algo más. Hay quien cree que es un factor real y efectivo de animación social.

Efectivamente, si nos atenemos a la "cocina" de la fiesta, a todo aquello que sucede antes y después de la misma fiesta, vemos que este fenómeno genera un gran número de complicidades y está implícito entre los miembros de la comunidad que la celebra. La fiesta puede ser también trabajo comunitario, creación colectiva, esfuerzo y ayuda mutua, reparto y asunción de responsabilidades, prestigio y poder. La preparación de una cena de los vecinos de una calle en fiestas lleva implícita la reciprocidad generalizada, la hermandad entre viejos y jóvenes, niños y adultos; reproduce una forma de entender las diferencias internas de la pequeña comunidad que, por unos días, se considera integrada por los que se sientan a la mesa, bailan,

juegan o colaboran codo a codo en la creación colectiva de las fantasías efímeras de la fiesta.

LA FIESTA COMO PARÉNTESIS Y CATARSIS. LA ANULACIÓN SIMBÓLICA DEL ORDEN

Si a alguien le puede parecer demasiado utópica la visión aquí evocada de la fiesta popular es por haberla presentado por su significado en torno a la *representación* social, y por lo que tiene de *percepción de la realidad* desde el mundo simbólico.

Lo cierto es que **toda fiesta significa una anulación puntual del orden**, un paréntesis para la catarsis en que los miembros de una comunidad concelebran en un ejercicio de hedonismo colectivo, que posibilita la permeabilidad de las relaciones sociales. La fiesta se puede entender, desde este punto de vista, como una **puerta** de interacción social de clases, géneros, grupos de edad y etnias.

LA RITUALIDAD DE LA FIESTA

La fiesta también es ceremonia y comporta una amplia sucesión de rituales profanos y mágico-religiosos, actividades reiterativas, muy bien definidas y bien entendidas por la comunidad que la celebra. La interpretación que se hace de estas señales rituales está condicionada por la historia o, más bien dicho, por los *acontecimientos* que la comunidad identifica como propios. La información que transmiten estas señales comunica una serie de normas y conductas que la comunidad concelebrante reconoce internamente, de forma y manera que con el devenir del tiempo, lo importante acaba siendo más la forma, que el mismo contenido del que se comunica. La reiteración de todo ello suele nombrarse *tradicción*. La tradición se inventa, como todo en la cultura de los humanos, y no es inmutable, pero hay rituales que perduran a pesar de cambiar su significado originario.

Esto lleva a pensar que puede existir también la posibilidad de repensar, recrear un nuevo espacio simbólico y ritual común que posibilite la construcción de nuevas identificaciones, aquello que denominamos, sin entrar en contradicciones, **las nuevas tradiciones**.

Los nuevos rituales, al igual que los nuevos mitos, son un hecho contemporáneo. Los nuevos ceremoniales llenan el espacio comunicativo. En este comienzo de siglo, las ceremonias olímpicas, han sido y son ejemplo de grandes acontecimientos en los que su significado trasciende en mucho lo que realmente son: un gran ejercicio de imaginación colectiva.

LA PROVOCACIÓN FESTIVA COMO ELEMENTO QUE VISUALIZA LOS CONFLICTOS

Es necesario hacer visibles los conflictos para poder abordarlos de forma crítica. Esto es válido también sobre la fiesta, por lo que tiene de anulación puntual del orden. Si juntamos ambas cosas, obtendremos un resultado: visibilidad del conflicto en un momento de anulación del orden. En tiempos de fiesta, se desdibujan las categorías; lo que permite una aparente relación de semejanza entre los concelebrantes; lo cual propicia un espacio de pacificación entre semblantes, y por tanto un buen momento para abordar la pacificación del conflicto, o, como mínimo, favorecer la tolerancia.

El tiempo de fiesta ha sido, con frecuencia, tiempo de tregua, tiempo de alianzas de parentesco, tiempo de reconciliación entre parientes y ¿por qué no entenderlo también como un tiempo propicio para abordar conflictos entre comunidades

diferentes?

EL HEDONISMO FESTIVO Y LA IMPLÍCITA RECIPROCIDAD GENERALIZADA

No hay que obviar una de las principales funciones de toda fiesta: el pasarlo bien. El hedonismo, tan criminalizado por el neopuritanismo nunca confesado de la postmoderna sociedad occidental, es un componente esencial de la fiesta.

Desgraciadamente, los medios de comunicación están bien surtidos de noticias donde se menosprecia y se criminaliza el hedonismo festivo. Valdría la pena reivindicar ahora el hedonismo festivo como un valor, extremadamente necesario y positivo en nuestra compleja sociedad.

Uno por si solo no celebra nunca fiesta, hacen falta dos y más de dos para hacer un buen jolgorio. La fiesta implica compartir emociones y significa una reversión inmediata del trabajo que se invierte. El esfuerzo es una parte importante de la fiesta y no hay fiesta sin trabajo. Mientras que la satisfacción de todo trabajo es el salario o el beneficio que se obtiene, en la fiesta la recompensa es automática, tanto para el que se esfuerza, como para el que la disfruta. Ello implica una reciprocidad en esfuerzo y beneficios para unos y otros y para todos en general. Nadie escatima en quien se beneficiará; todos participan y no hay forasteros, sino invitados. Este ejercicio de hedonismo colectivo compartido comporta la reciprocidad generalizada.

LA FIESTA: UN RASGO CARACTERÍSTICO COMÚN DE HOMINIDAD

Encontrar y hacer visible aquello que hace semejantes a todas las personas es una búsqueda necesaria para la cohesión social. La sociabilidad entre semejantes, no obstante, no es exclusiva de los humanos; nada más hay que observar el comportamiento animal para constatar que hay especies que igualan y superan en sociabilidad a la nuestra. No obstante, los humanos somos los que, verdaderamente, somos capaces de **concelebrar** fiestas. En la fiesta, como expresión que es de cultura comunitaria, se combinan aspectos artísticos, de relación, simbólicos, ceremoniales, rituales y míticos en una compleja simbiosis. Su reiteración cíclica y su adaptación a las tendencias de cada tiempo conforman la tradición festiva. La formación de la memoria colectiva, de aquello que los miembros de la comunidad reconocen como acontecimientos históricos propios, se podría decir que va conformando su identidad común, y es, con frecuencia, en las fiestas donde se recrean de forma simbólica y ritualizada estos acontecimientos.

Hay que valorar la fiesta como una característica interesante de los humanos y, por tanto, señalarla como un elemento importante de semejanza común entre gente diferente

CONCLUSIONES

La autoorganización de la comunidad hace posible la asunción de responsabilidades y la implicación personal en la construcción dinámica de la nueva sociedad urbana.

La creación y consolidación de espacios urbanos para la convivencia favorece la cohesión en una sociedad multicultural, ya que favorece la corporalidad entre individuos semejantes.

El reagrupamiento familiar de los inmigrantes puede favorecer la permeabilidad social

y permite el proceso de mestizaje cultural en futuras generaciones.

La experimentación en nuevos mensajes y significados en las prácticas festivas adapta la tradición a la necesidad social de concelebrar. La reinención de la tradición puede ser útil para el cambio.

La fiesta puede ser un buen momento para constatar que todos los humanos son igualmente diferentes y diferentemente iguales.

PUNTOS DE REFLEXIÓN

- ¿Cuáles podríamos considerar, en nuestro medio, celebraciones “espontáneas” y cuáles festividades “impuestas” y/o “dirigidas”?
- ¿Cuáles celebraciones tradicionales tienden a desaparecer o han desaparecido?
- Medite en los nuevos rituales, ¿cuáles se están convirtiendo en nuevas tradiciones? ¿cuáles son auténticos factores de intercambio cultural?
- ¿Cree que en nuestras grandes ciudades se pueden crear espacios de auténtica integración, a través de las celebraciones espontáneas de la gente? ¿cómo hacerlo? ¿cómo promover la creación y ampliación de estos espacios en las colonias?

IV. CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ Y TRANSFORMACIÓN DE CONFLICTOS

Kevin P. Clements

El mundo claramente requiere algunas nuevas formas de pensar sobre viejos problemas y nuevas maneras de actuar, si hemos de sobrevivir en el siglo 21. Es vital, por lo tanto, que los estudiosos de la paz y de los conflictos trabajen sobre las maneras de orientar la imaginación creativa de todos y todas para que todos los pueblos puedan visualizar un futuro positivo así como las formas de realizar ese futuro. Esta imaginación no puede ser estrecha. Tiene que ser amplia, incluyente, interdisciplinaria y sistémica pero también tiene que comenzar ya, si hemos de tener un futuro viable.

En relación a esta imaginación, los teóricos de la paz y conflictos requieren aprender de los teóricos de la evolución si es que van a jugar un papel significativo en la supervivencia global. En primer lugar esto significa trabajar para recoger la sabiduría de muchos pueblos y tradiciones porque sin ello nuestro entendimiento de la forma en la que el mundo funciona siempre será parcial y nuestras propuestas normativas, incompleta.

Algo que falta en la mayoría de las ciencias sociales y en mucho de nuestro trabajo de análisis de conflictos y su resolución son oportunidades de escuchar lo que los y las sin voz, los marginados, los excluidos y las víctimas, tienen que decir. Los estudiosos pasan demasiado tiempo escuchándose unos a otros, lo cual no es bueno desde una perspectiva evolucionista. Debemos de cavar en los pozos más profundos de la sabiduría porque todos los seres humanos tienen sus propias estrategias de supervivencia y todos han desarrollado algunas técnicas para la resolución pacífica de los conflictos.

Otra cosa que falta son los diálogos que crucen las enormes fisuras sociales –las de clase, las que existen entre personas encajonadas en culturas de violencia y aquellas que trabajan para construir culturas de paz, así como aquellas que derivan del género y la etnia. Requerimos diálogos profundos entre aquellos a los que se llama estudiados y los que no lo son, entre la sabiduría antigua y la moderna.

En relación a las estrategias de desarrollo agrícolas, por ejemplo, ¿qué tipo de diálogo provendría del reunir campesinos productores de arroz o pescadores de diversas partes del mundo con los economistas agrícolas de Harvard? ¿Cuales problemas podrían emerger y qué diferencia haría al pensamiento nacional y global sobre el desarrollo rural en Asia, África y América Latina? Aquí no me refiero a que los expertos visiten a los campesinos para ayudarlos, pienso más bien en invitar a estas personas a nuestras conferencias a fin de que aprendamos de ellos y ellas de nosotros.

Si no somos mucho más creativos sobre las maneras de estimular un discurso creativo, hay una alta probabilidad que amplias partes de la sabiduría adaptativa del

mundo no sean escuchadas y que nosotros (del Occidente industrializado) impondremos nuestro aprendizaje de maneras que casi con seguridad resultarán en una acelerada destrucción (Faure, 1995).

En cuanto las causas de la guerra y la violencia y las condiciones para la paz y justicia se encuentran en el corazón de los estudios de paz y conflicto, ambas necesitan ser

Una contribución significativa a la supervivencia de la especie y el desarrollo de una conciencia profunda sobre como podemos mejorar la calidad de vida para todos los pueblos.

El fin de la guerra fría – a pesar de nuestras fervientes esperanzas -- no resultó en relaciones pacíficas y estables dentro y entre todos los países. Alemania se reunificó, pero la antigua Unión Soviética, Yugoslavia, Checoslovaquia (antes de su división en las repúblicas Checa y Eslovaca) Sudán, Somalia, Nigeria, Liberia, Ghana, Rwanda, Burundi (para señalar sólo unas pocas) están afligidas por poderosos movimientos etno-nacionalistas y secesionistas. Estos movimientos desafían a diversas formas de gobierno y generan nacionalismos particularmente atávicos y virulentos. Como lo señalan Jongman y Schmid, durante los años 1994-95, por ejemplo, hubo 1.2 millones de muertos en conflictos de alta intensidad y al menos 10,000 más murieron en más pequeños conflictos. O dicho de otra manera, hubo 22 conflictos de alta intensidad, (guerras con más de 1,000 muertes por año), 39 conflictos de menor intensidad (101-999 muertes) y 40 disputas serias (< de 100 muertes por año) alrededor del mundo hasta julio del año 1994 (Jongman y Schmid, 1995).

Las causas de estos conflictos son complejas y multi-lineares y existe una amplia desilusión con la política. Hay otros tipos de conflictos, como aquellos por los escasos recursos naturales (p.ej. agua o petróleo), factores ideológicos o de creencias y profundos desafíos a la identidad y al sentido de pertenencia. La mayor parte de los recientes conflictos son de naturaleza interna. Todos tienen consecuencias en amplio sufrimiento personal y en dislocación social y política. A nivel de actitudes estos conflictos son contrarios a la amplia imaginación señalada más arriba. Resultan, por parte de los protagonistas, en una incapacidad de pensar con optimismo, en tener visión de túnel distorsionada, opciones restringidas, creación de estereotipos y polarización. El análisis de conflictos, por lo tanto, tiene una tarea permanente de proveer de actitudes y alternativas de comportamiento frente a esos procesos negativos que tienden a ser los campos de cultivo para una violencia más directa. Si nos enfocamos en algunos de los nuevos /viejos problemas de violencia directa nos mueve a pensar de manera fresca sobre los procesos sociales más fundamentales que subyacen a la violencia estructural. En particular, necesitamos prestar atención a la construcción de la paz pre- y post-conflicto, a procesos creativos y analíticos de resolución de problemas y de transformación de conflictos. Existe una cierta urgencia en esto porque las tendencias totalizantes y totalitarias en diferentes sociedades y la necesidad de empezar a pensar nuevas maneras de realizar la política. Es especialmente vital pensar en maneras en las cuales la calidad de las relaciones dentro y entre grupos, naciones y regiones podrán mejorarse, se fortalezca la resiliencia de comunidades y se reduzcan las asimetrías de poder.

El desafío que enfrentan los estudios sobre la paz y conflicto, por lo tanto, es el pensar las nuevas formas de hacer política y de construir convenciones morales que generen espacios de acción seguros para todas las gentes para empezar a resolver los

grandes problemas que afligen al orbe. Una de las razones para hacer esto, que en parte explica la desilusión con la política y el poder contemporáneos, es la percepción de que las políticas adversarias (desde el microcosmos de la familia a aquellos de las comunidades nacional e internacional) están probando ser más disfuncionales que funcionales.

Las políticas adversarias generan más calor que luz y estimulan procesos competitivos que son opuestos a la resolución racional de problemas. También tienden a generar discursos violentos, y cuando son llevados a los extremos (como sucede en un creciente número de sociedades) predisponen a las partes hacia comportamientos extremadamente violentos. Existe la necesidad, por lo tanto, de generar alternativas creativas.

En particular los estudios sobre paz y conflicto requieren articular algunas justificaciones filosóficas para el desarrollo de los "procesos colaborativos y analíticos de resolución de problemas" como alternativas a procesos más coercitivos y de uso de la fuerza.

¿Cuáles son las justificaciones éticas y empíricas, por ejemplo, para asumir que existe una "sabiduría común" entre los ciudadanos? ¿Cuáles tipos de justificaciones "morales" y "empíricas" se requieren para apoyar los procesos políticos inclusivos y participativos dentro de los cuales las partes de un conflicto puedan generar sus propias soluciones a los problemas que se les impongan soluciones? ¿Existe una tendencia global emergente en favor de la sociedad civil y que se aleja de los procesos estado-céntricos del pasado? Si es así, ¿qué formas tomarán y cuáles formas de nueva institucionalidad se requieren para dar expresión a estas nuevas formas de arreglar los asuntos?

Hay algo muy claro: las alternativas a las políticas de poder y el desarrollo de relaciones pacíficas más estables entre los pueblos se encuentran en la creciente conciencia de los procesos psicológicos, sociales y políticos, claves que generan comunidades confiadas dentro de las cuales los individuos puedan realizar su más profundo sentido de ser. De hecho, el renovado énfasis en procesos sociales y psicológicos, en estilos de conversación y en la identificación de diferentes tipos de comunidades epistémicas, es uno de los mayores símbolos de la modernidad/post modernidad. En ocasiones éste énfasis sobre los procesos puede resultar en una búsqueda auto indulgente de felicidad personal y en una visión instrumental de las relaciones, pero también puede ser utilizada para comenzar el proceso más difícil de criticar las instituciones existentes y desarrollar nuevas.

Identifiquemos algunas tendencias estructurales generales. La lógica del desarrollo global, económico, social y político está conduciendo, en la actualidad, en dos direcciones ligeramente contradictorias. La primera es hacia un más profundo sentido de globalización. En materia económica, por ejemplo, las empresas multinacionales ahora son la norma, más que la excepción. El comercio global se ha hecho mucho más integrado que nunca antes, y ya existe algo que se aproxima a un mercado global único en cuanto a finanzas, productos básicos, manufacturas y servicios. Esto tiene consecuencias tanto negativas como positivas. Ha socavado fuertemente viejos conceptos de soberanía económica nacional, y hay pocos países que pueden enfrentarse a los golpes de flujos internos y externos de divisas, muchos de los cuales nada tienen que ver con el comercio y todo que ver con la especulación financiera. El

hecho es, que la economía global es ahora una realidad establecida y que está empezando a poner sus propios conjuntos de problemas nacionales, regionales y globales.

Ha habido, también, una rápida expansión de la esfera intergubernamental. Los 187 estados miembros de la ONU tratan de mantener algún sentido de sus propios derechos como entidades políticas soberanas, pero crecientemente los problemas a los que se confrontan son de índole regional y global y no pueden ser tratados solamente en términos nacionales. Esto está forzando una cantidad sin precedentes de actividad colaborativa intergubernamental. Hay más de 2,000 entidades intergubernamentales creadas para tratar con un amplio espectro de problemas inter-estatales, tales como la degradación ambiental, los flujos de población y de divisas, (Boulding, 1995). De manera parecida, hay en la actualidad cerca de 62,000 tratados internacionales que dan el marco contextual dentro del que se desarrollan la política, el comercio y los negocios internacionales. En tanto que estos cambios pueden haber tenido su origen en la larga transición al capitalismo, se han vuelto significativas en los últimos veinte años. Estas tendencias han sido acompañadas por el fortalecimiento de las organizaciones regionales tales como la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia (ASEAN) la Unión Europea (UE), la Organización de Estados Americanos (OEA) y la Organización de Unidad Africana (OAU). Desde 1989, las Naciones Unidas misma ha empezado a ocupar una posición mucho más central en el mundo aunque está en la actualidad afligida por una crisis de sobre expectativas y de subpresupuestación.

Acompañado del desarrollo de organizaciones intergubernamentales, ha existido, también, la más sorprendente proliferación de organizaciones no gubernamentales con proyección internacional. Elise Boulding, por ejemplo, calcula cerca de 200, 000 organizaciones de éste tipo ahora vinculadas en diferentes partes del mundo (Boulding, 1988). A pesar de las críticas de analistas como John Mearsheimer (1994-95), quien argumenta que esta construcción internacional de instituciones ofrece falsas promesas y estamos mucho mejor servidos colocando fe en el continuo poder y potencialización del Estado-nación. Este surgimiento sin precedentes de la extensión de redes globales, gubernamentales y no gubernamentales y las relaciones derivadas de ellas, esta dotando de nuevos escenarios para la creación de nuevas entidades transnacionales y cuestionando duramente la visión tradicional de nacionalismo.

La segunda tendencia importante, es tanto una reacción a la globalización, como una dinámica de auto propulsión. Este es un proceso de fragmentación algunas veces conceptualizado como "re tribalización," cuando diversos grupos tanto religiosos, como étnicos, comunitarios o nacionalistas desean reafirmar sus identidades distintivas e independientes en oposición a la homogenización (Coca-Colonización) de la cultura global y el mundo de la economía. Estos procesos fragmentadores no son en sí mismos negativos, particularmente si están vinculados al desarrollo de una comunidad plural y global y el concepto de un nacionalismo basado en lo civil en lugar de uno basado en el nacionalismo étnico.¹ La pertenencia basada en la étnia y los procesos etno- nacionalistas pueden llegar a ser muy negativos y son la fuente profunda de algunos conflictos cuando ocurren en países con regímenes políticos débiles o ilegítimos. Donde grupos involucrados han adoptado estrategias militares o terroristas para concretar y reafirmar sus identidades colectivas y donde éstos grupos se encuentren con respuestas autoritarias y represivas. Si estas condiciones se yuxtaponen a condiciones sociales y económicas adversas, existe una alta probabilidad

de políticas coercitivas y conflicto violento.

Estas dos tendencias generales producen condiciones que, paradójicamente, hacen algunos conflictos violentos menos probables y otros más probables. Los conflictos internacionales, por ejemplo, la guerra del golfo, es menos probable que ocurran en la década de los años noventa que los conflictos intestinos. Además las justificaciones externas para el militarismo están en disminución.

Por otro lado, como se ha demostrado en la experiencia de los últimos dos años, existe una alta probabilidad de que varios Estados y/ o sociedades vulnerables se fracturen y fracasen, con la perspectiva de un aumento agudo de conflictos violentos internos. Asimismo es posible la identificación de nuevas zonas de conflicto y nuevas zonas de paz en el mundo. Estas zonas corresponden a divisiones Norte-Sur en una gran medida, pero no siempre es así. Las zonas de conflicto son aquellas donde existen economías frágiles, políticas públicas débiles sujetas a vigorosas e irrestrictas aserciones de derechos étnicos lo que deriva en impulsos sectarios. Durante los últimos tres años el 92% de los conflictos más violentos han sido internos.

Estas dos tendencias- hacia la globalización y hacia la fragmentación o re tribalización- proveen a la comunidad mundial de crisis y oportunidades. Las crisis son terriblemente brutales, ya sean en Rwanda, Liberia o Bosnia y las oportunidades fluyen desde el hecho que existe una apreciación creciente de disfuncionalidad de la guerra (civil o internacional) en la resolución de cualquier problema. Esta apreciación sobre la guerra está aparejada con un mayor sentido del rol positivo de las instituciones internacionales-tanto regionales como globales- en la construcción de paz y resolución de conflictos. Como lo menciona el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de los Comunes de Canadá: "El mundo necesita un centro, y confianza retenida en el centro: Las Naciones Unidas son el único candidato creíble" (Childers y Urqhart, 1994). El problema es que las Naciones Unidas en sí mismas y muchas de las organizaciones regionales se encuentran abrumadas por las nuevas demandas que se les exigen dentro de la dinámica mundial actual.

Lo que se necesita, por lo tanto, es un compromiso, por parte de los constructores de paz, de empujar y llamar la atención de los Estados y pueblos en el sentido de alejarlos de teorías políticas de poder basadas en la amenaza (basadas en concepciones de línea dura en cuanto a soberanía nacional) hacia una política de mayor colaboración y de resolución no violenta. ¿Qué papel juegan las organizaciones constructoras de paz y resolución de conflictos en este proceso y como pueden asegurar que sus acciones resulten en cambios que remuevan las fuentes de la violencia?

Existe tensión dentro del campo capturado en el artículo de Jo Scimecca (1987) "Resolución de Conflictos: ¿La base para el control social o para el cambio social?" En este artículo Scimecca argumenta que los activistas en resolución de conflictos que proponen una neutralidad no examinada normalmente terminan por convertirse en agentes de control social y apoyando el status quo (que puede ser justo o injusto, pero en muchas de las mayores zonas de conflicto normalmente es injusto)

Aquellos que fijan su análisis y práctica en la teoría de conflicto y del cambio, darán más peso al proceso de emderamiento y liberación desde procesos dependientes e inequitativos. El entender los efectos deformadores de las asimetrías políticas en las relaciones sociales resultarán en diferentes análisis y prescripciones de diferentes tipos

de conflicto. Aquellos que entiendan tanto la política y la economía llevarán a cabo arreglos para asegurar que la construcción de paz y resolución de conflictos estén orientados e intencionados a desenmascarar las relaciones desiguales de poder así como para la resolución de problemas actuales. Este es un importante antídoto para aquellos que adoptan el papel de mantener el status quo. Este consejo provee un reto interesante a las definiciones dominantes de administración de crisis y resolución de conflictos entendidas desde la perspectiva de organizaciones intergubernamentales como las Naciones Unidas.

Explicada de manera radical, la resolución de conflictos está orientada al mejoramiento de la justicia y libertad y la maximización de la autonomía. Esto resulta muy preocupante para organismos de resolución de conflictos y orientados hacia el status quo y el "establishment" y a preservar la armonía y el orden político, que a alcanzar la justicia. Hay un importante nuevo artículo sobre el rol de justicia y negociación por William Zartmann et al. (1996): "Negociación como búsqueda de justicia." Se argumenta que una resolución de conflictos /solución de problemáticas genuina siempre involucra algún explícito o implícito sobre la noción de justicia. Los autores afirman que este acuerdo gobernará eventualmente la disposición de temas en conflicto. Mientras que reconocen las dificultades de definir exactamente a que se refiere exactamente el término de justicia, se argumenta que ignorar esto no resultará en acuerdos positivos y duraderos.

Hay una considerable reducción de la promesa de radicalidad y transformación dentro de la comunidad de resolución de conflictos en los Estados Unidos y en otras partes. Una vulgar comercialización de la profesión ha resultado en numerosos expertos en resolución de conflictos compitiendo unos contra otros para proveer de arreglos rápidos tanto un problema de fácil manejo como aquellos de manejo complejo. Para hacer esto se instrumentan y diseñan procesos ("diez pasos a la mediación", "siete pasos a la felicidad") que son entonces vendidos a aquellos que están involucrados en conflictos de una forma u otra. Las promesas normalmente ofrecen más que la realidad en muchas instancias, aunque algunos de los procesos pueden proveer herramientas de ayuda adicional para los negociadores. Muy pocos de estos sistemas de disputa están orientados hacia políticas no adversarias y la construcción conjunta de macro futuros; incluso son menos los que enfatizan la justicia substantiva y procesal así como la transformación estructural que llevan a resultado de relaciones pacíficas estables. Así mismo al eliminar las rispidez y estrés normales (lo que Talcott Parsons llama desequilibrios), las adaptaciones relativamente espontáneas de los individuos y de los sistemas cultural y social, tampoco se podrían realizar.

Así que ¿cuál es la premisa y cual son los ingredientes principales de la construcción de paz y resolución de conflictos?

(1) Debiera de ser dirigida a concentrar la energía generada por el conflicto en constructiva y no violenta, en vez de destructiva y violenta en sus direcciones. Su objetivo no es la eliminación de conflicto sino utilizar procesos conflictivos para generar cambios positivos (que pudieran ser relativamente espontáneos o dirigidos)

(2)La transformación de conflictos ocurre cuando los conflictos violentos cesan y /o son expresados en formas no violentas y cuando las causas estructurales originales del conflicto (políticas, económicas , sociales, militares y culturales) han sido modificadas de una forma u otra.

(3) Los conflictos pueden ser transformados por procesos político-sociales normales (los cambios incrementados a través del tiempo), por las partes actuando solas; por terceros expertos o interventores neutrales, y por las partes actuando juntas a través de promotores prudentes acuerdos legales o intervención política. La resolución de conflictos debería incorporar una amplia pluralidad de políticos y tomadores de decisiones, ciudadanos, agencias de ayuda y desarrollo, organizaciones religiosas y movimientos sociales. Con demasiada frecuencia, en el pasado, la transformación de conflictos ha sido conceptualizada, en gran medida, como un problema político. Debe de ser concebida como problemática social y económica si se quiere que ocurra un cambio sustentable y estructural.

(4) Dicha transformación de conflictos puede ocurrir en cualquier nivel del ciclo ascendente. Si una construcción de paz, en una lógica preventiva, no sucede ante el primer síntoma de conflicto y los problemas continúan sin atención, entonces los procesos de transformación, en etapas tempranas de un conflicto en evolución, podrán tomar las formas de advertencias tempranas y podrán ser aplicadas medidas preventivas. Mientras el conflicto se vuelve más complejo y avanza (especialmente si éste se vuelve violento), la transformación puede que dependa de alguna especie de administración o de intervención de crisis y después se requiera de conciliación, mediación, negociación, arbitraje y procesos colaborativos en solución de problemáticas. Finalmente la resolución de conflictos involucra reconstrucción y reconciliación.

Las estrategias de construcción de paz, como las entendemos, y como fueron conceptualizadas en el libro de Gareth Evans (1993) son todos los procesos que buscan dirigirse a las causas fundamentales de los conflictos violentos y de las crisis ya sea para prevenirlos o, si ya han ocurrido, para asegurar que no se vuelvan recurrentes. Tienen un carácter fuertemente preventivo y están dirigidos a responder a necesidades básicas de seguridad y orden, alojamiento, vestido y alimento así como el reconocimiento de identidad y dignidad. La construcción de paz es lo que muchas sociedades civilizadas hacen de manera espontánea, desarrollando regímenes desarrolladores de reglas tanto nacionales como internacionales, mecanismos de resolución de disputas y acuerdos cooperativos para responder a las necesidades básicas en lo económico, social y humanitario y facilitar una ciudadanía global efectiva.

Esta es la base sobre la que se funda la transformación de conflictos. Ocurre en todos los niveles, en casa, en la comunidad, nacional e internacional. La creación de regímenes de control de armas, la Corte Internacional de Justicia y el creciente número de mecanismos constructores de confianza, son todos esfuerzos para asegurar que las transacciones nacionales e internacionales sean cooperativas y pacíficas. También lo son iniciativas internas a los países que apuntan a la reducción de las brechas entre el rico y el pobre, y hacen extensivos a todas las personas los derechos humanos básicos y la construcción de procesos de desarrollo sustentable. En estas sociedades resilientes, individuos y colectividades reconocen la utilidad positiva del conflicto y han desarrollado mecanismos institucionales para canalizar en direcciones diferentes y creativas. Éste particular elemento de transformación de conflictos es la clave para el resto.

La división de política social y reubicación del Banco Mundial ha reconocido lo anterior

en un reporte reciente sobre reconstrucción en post conflicto (Holtzman, 1996). Subraya la fuerte correlación entre pobreza y conflicto y hace notar que quince de los veinte países menos desarrollados en el mundo se han visto involucrados en grandes conflictos violentos, y que más de la mitad de los países con bajos ingresos han estado involucrados en grandes conflictos civiles durante los últimos 15 años. El Banco Mundial identifica seis elementos básicos en las estrategias de construcción de paz y reconstrucción post-conflicto (Holtzman, 1996):

- Reactivar (jump-start) la economía nacional;
- Inversiones descentralizadas basadas en la comunidad;
- Restauración de redes claves de transporte y comunicación;
- Eliminación de minas(en casos que sea relevante y ligada a otras inversiones prioritarias);
- Desmovilización y reentrenamiento de ex-combatientes;
- Reintegración de poblaciones desplazadas

Incluso estas metas minimalistas cuentan con poca probabilidad de dar resultados, a menos que sean acompañadas de procesos que restauren comunicaciones libres y abiertas, se reconstruya la confianza se, ayuden a las partes a superar antagonismos y enemistades pasadas, se establezca un diagnóstico preciso de problemáticas y genere nuevas formas de interacción.

Es en relación a este tipo de temáticas que debiera existir una estrategia de colaboración entre los talleres de colaboración analítica (o interacción como lo llama Herb Kelman) de resolución de problemas y procesos específicos de construcción de paz, especialmente aquellos vinculados a más una amplia variedad de iniciativas de desarrollo económico y social. Se tenían esperanzas, por ejemplo de, que *Una Agenda para la Paz Y una Agenda para el Desarrollo* pudieran combinarse en una "Agenda para la Seguridad Humana" y que la Cumbre Social pudiera estar vinculada con la cumbre del Consejo de Seguridad que precedió a una Agenda para la Paz. Esto no fue así, por lo tanto es de importancia fundamental que los talleres de colaboración analítica de resolución de problemas se utilicen para hacer estas relaciones combinando los discursos de desarrollo y de resolución de conflictos, ya que son clave para el éxito en la construcción de paz, así como la transformación de relaciones hostiles.

El acercamiento interactivo a la solución de problemáticas involucra (1) identificación y análisis del problema, (2) la conformación conjunta de ideas para la solución, (3) influenciar a la otra parte, y (4) creación de un ambiente político de apoyo (Kelman, 1996). No sólo esto provee un trasfondo crítico para profundizar entendimientos de las dinámicas del conflicto en sí mismo, o en la transformación de imágenes de la propia parte y la del adversario, sino que es esencial, también para el desarrollo exitoso de una estrategia de construcción de paz.

Muchos de los talleres en resolución de problemáticas se han preocupado, casi exclusivamente, con la resolución de conflictos políticos aplicando, en términos de William Zartmann, la "formula y detalles" a la resolución de conflictos prolongados (Zartmann et al., 1996). Aunque los elementos económicos, de desarrollo e infraestructurales frecuentemente han figurado dentro los talleres (especialmente

como palanca en alcanzar una solución política a un problema militar) han existido relativamente pocos talleres que han asignado primacía a temáticas de desarrollo, temáticas a través de las cuales, las partes podrían establecer fórmulas y detalles para la resolución de las temáticas políticas y militares en cuestión. De esta manera, la consecuencia de concentrarse en la economía política del conflicto debe traducirse en soluciones más imaginativas para las necesidades y miedos de todos los adversarios. Si los adversarios son capaces de identificar una amplia variedad de oportunidades post conflicto, tanto económicas como sociales, esto generará confianza y seguridad, así como, una voluntad para acomodar los intereses del otro en relación a la terminación de la violencia y de la búsqueda de algunas transformaciones de largo plazo.

Las universidades, los centros de intervención y construcción de paz, los organismos regionales, (como la OEA, OUA, UE, y el ANSEA) todas tienen un papel que jugar en relación a construcción de paz, diplomacia preventiva, y otras intervenciones tempranas y creativas en conflictos potencialmente violentos. Las Naciones Unidas claramente pueden jugar un rol crítico como coordinadora de una variedad de actores e iniciativas en la prevención de los conflictos violentos. En su aspecto global la ONU ha tenido un rango amplio de mecanismos en resolución de conflictos, desde bienes oficios, hasta milicia de mantenimiento de paz. Como lo sugiere Connie Peck (1996), las Naciones Unidas pueden abarcar todos los enfoques a la resolución de conflictos.

Un enfoque basado en intereses, un enfoque basado en derechos y un enfoque basado en el poder, cada uno correspondiendo más o menos a los órganos de las Naciones Unidas: con bienes oficios de la Secretaría General y sus enviados representando su enfoque basado en los intereses; las funciones judiciales de la corte internacional representa su enfoque basados en el derecho; y el Consejo de Seguridad representa su enfoque basado en el poder.

El truco es buscar formas de transformar conflictos antes de que se vea en la necesidad de invocar al Consejo de Seguridad y sus tácticas basadas en el poder. El surgimiento de conflictos recientes sugieren que las capacidades de transformación/resolución de conflictos de las Naciones Unidas serán mejoradas si existe voluntad para incorporar en el proceso a actores. Tanto no gubernamentales, como gubernamentales, ya sean nacionales o internacionales. Sin embargo, para hacer esto de manera efectiva, se requieren cambios organizacionales al interior de las Naciones Unidas, el control de la voluntad política para resolver problemáticas, así como la generación de suficientes recursos para hacer de la construcción de paz, transformación de conflicto, construcciones de relaciones y de comunidad una prioridad principal de las Naciones Unidas y de otras organizaciones internacionales. La cuestión clave radica en como cambiar las opiniones oficiales y no oficiales a favor de medidas preventivas generadoras de seguridad –enfocadas en el buen gobierno, condiciones de justicia social y económica y la intervención tempranamente en la solución de problemas antes de que se vuelvan críticos.

Hay una necesidad esencial de mecanismos que pongan a potenciales antagonistas en condiciones de hacer emerger los problemas antes de comenzar una lucha a causa de ellos y de mecanismos institucionales que proporcionen una respuesta tranquila y efectiva.

¿Qué hará cambiar las ponencias de adversarios, terceras personas, gobiernos, organizaciones intergubernamentales, organizaciones no gubernamentales y las Naciones Unidas mismas para empezar a adoptar un punto de vista más holístico de estos procesos, combinar técnicas de solución de problemas en colaboración con el desarrollo de sistemas social, económica y políticamente sustentables?

En primer lugar necesitamos empezar a buscar eso que Elise Boulding (1995, p.202) llama "Señales de Paz" o lo que Jim Wallis (1995, p. 175) llama "Señales de Transformación". Estas son oportunidades No-violentas para encontrar soluciones creativas en momentos de tensión en relación a todos los problemas sociales y políticos. Necesitamos buscar esas soluciones primero en casa, y después fuera de ella. El punto de vista de Wallis acerca de estos signos de transformación incluye el asignar prioridades a los pobres, destacando la compasión y rompiendo con las divisiones entre nosotros y ellos, asegurándose de que la comunidad se convierta en la base moral de la economía y otras muchas cosas más como la reverencia para toda la creación, alegría y esperanza (Wallis, 1995, p.175-177) esto significa reforzar culturas de paz y estructuras para darles expresión, requiere de una considerable genialidad humana. Tenemos que ser sensibles a ellas y nutrirlas cuando las tengamos de frente.

En segundo lugar, y como parte de la primera tarea, necesitamos sentirnos más cómodos al lado de la ambigüedad, ser más abiertos y aceptar tanto al poder generador, como al destructor de conflictos, y más conscientes de cómo utilizar los conflictos en transformación de procesos e instituciones en un estilo constructivo. Como se trabajen los conflictos será determinante en resultados creativos o destructivos.

En tercer lugar, si vamos a contrarrestar el pesimismo de una "Política verdadera" (real politik)⁴, necesitamos optimismo basado en la realidad para así poder actuar basándonos en las mejores suposiciones posibles y no en las peores.

Cuarto. Todas las partes en los conflictos (sin importar qué tan poderosos o impotentes, oficiales o informales sean) tienen derecho a ser involucrados en las soluciones de sus propios problemas. Si son excluidos, hay una fuerte probabilidad de que cualquier acuerdo / solución que sea alcanzado, saldrá mal, forzándose de ese modo a la imposición de estos acuerdos / soluciones parciales que resultarían igualmente frágiles.

Quinto. Es importante reiterar la dimensión moral de la solución de los problemas, incluyendo la promoción de la equidad de las relaciones de poder entre los pueblos.

Sexto. Es importante practicar civilidad en las relaciones personales, especialmente si uno se ofrece como una tercera persona que interviene. Hay una larga historia de tal civilidad por parte de intermediarios internacionales (Rosergie, 1995).

Séptimo. los problemas / conflictos deben ser tratados lo más pronto posible cuando son relativamente solubles. No sólo necesitamos dedicar más atención a las primeras señales de advertencia de problemas potenciales, sino también desarrollar la habilidad de trabajar en ellos antes de que sean serios.

Octavo. Todos necesitan aprender cómo resolver conflictos y problemas en un estilo no violento y creativo. Este es un reto mayor para la educación, pero es donde se

basa el argumento central de éste papel. Hay una gran responsabilidad para los teóricos de paz y conflictos en modelar una pedagogía pacífica e investigación y principios prácticos de modo que los individuos en cualquier lugar desarrollen una orientación crítica hacia ideas y relaciones ortodoxas y manejen sus conflictos de una forma generativa y no violenta. La paz y la seguridad tienen que convertirse en el asunto de todos. Como dijo Michael Banks (1987): La gente educada en técnicas de adversarios (abogados, diplomáticos y militares) tienden a abogar por políticas que construyen muros entre las partes; la gente educada en técnicas de solución de problemas (gente de negocios, psicólogos, expertos técnicos) están más enfocadas a políticas que construyen puentes entre las partes. La dependencia en utilizar un solo canal de comunicación fomenta una percepción errónea; canales múltiples dan mayor oportunidad de percibir al oponente objetivamente. El aislamiento pone a un actor en riesgo; la interdependencia, si es estimulada, genera una red de relaciones entrelazadas que finalmente podría resultar imposible de separar.

Este es el desafío de los estudios de paz y conflicto: ¿Cómo podemos desarrollar una red de relaciones interdependientes que permitan el uso del razonamiento a los problemas y su solución de una forma no-violenta)? La respuesta a esta interrogante se basa en el fortalecimiento de relaciones, de comunidad y de sociedad civil y en conversaciones que hagan esto posible entre todos los tipos de identidad de grupos y comunidades epistémicas.

Notas

1. Para un excelente análisis de las consecuencias positivas y negativas de estos dos principios, ver Ignatieff, 1993.
2. Para una discusión interesante sobre la manera en que el crecimiento económico desafía a la supervivencia ambiental y relega a dos terceras partes de la población mundial en una ciudadanía de segunda clase o peor. ver a Susan George, 1993. Su argumento central es que el actual modelo de "ajuste estructural" podría acumular dinero contante y sonante para la liquidación de la deuda, pero tales programas "devastarían la vida de los pobres, harían que la clase media estuviera en condiciones precarias y generarían una tendencia a causar estragos destructivos con el ambiente".
3. Ver el informe de PIIOM, vol. 6, no. 1 (verano 1994), p. 20 - 21, para un excelente revisión de los mapas de Guerras y conflictos armados en 1993.
4. Para un informe particularmente pesimista de la posición de la "Política Verdadera" (real politik), ver Gray, 1994. En ese artículo afirma que hay cuatro extensas suposiciones sobre la seguridad en el arte de gobernar, las cuales son: 1. el regreso de los malos tiempos, 2. Hay criminales allá afuera, 3. El triunfo del poder militar y 4. Las tendencias, van y vienen.